



CUANDO EL DIABLO ASOMA

JOAN CRAWFORD CLARK GABLE

ROBERT MONTGOMERY



ediciones bistagne.

CUANDO EL DIABLO ASOMA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

GRAFICA MINERVA - Rosellón, 207 - Teléfono 79566 - BARCELONA

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

CUANDO EL DIABLO ASOMA

Magnífica producción, de extraordinaria acción

Dirigida por
W. S. VAN DYKE

Es un film de la famosa marca
Metro-Goldwyn-Mayer

Distribuida por
Metro-Goldwyn-Mayer
Ibérica, S. A.
Mallorca, 201 y 203 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

26 Octubre 1935

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

Joan Crawford

Clark Gable

Robert Montgomery

Cuando el diablo asoma

Argumento de la película

—¡Oh!... ¡Oh!... Ten cuidado, Bella, que esta pierna la necesito para ir a casarme mañana...

La masajista no hizo caso a la que se quejaba y siguió practicando su oficio con todo el esmero que ponía en el difícil arte de dar masaje a un cuerpo de mujer para mantenerlo esbelto y ágil.

—¡Bella!... ¡Que me tengo que casar!... No querrás que mañana los periódicos digan: La novia era un prodigio de belleza con sus cardenales negros y violáceos...

—Digan lo que quieran haces una tontería casándote — dijo la masajista sin dejar de trabajar.

—Oye, Bella, ¿eso es un ataque a mi esposo o es que eres enemiga del matrimonio?

—Las dos cosas a un tiempo.

—¿Has terminado tu masaje?

—Sí.

—¡Ya era hora! Así no te oiré decir más tonterías acerca del matrimonio.

—¡Mary!... ¡Mary!—gritó la voz de Paula que en aquel momento entraba en la habitación, nerviosa y excitada—. ¿Cómo puedes dejarte machacar de ese modo y con esa tranquilidad cuando sólo faltan 24 horas para tu boda?... Está la casa llena de amigos que tienen deseos de verte... Querida, no comprendo cómo puedes estar tendida aquí con tanta calma... Yo estoy nerviosa como si fuera la novia... Y yo he tenido que atender a todo: compras,

preparación de banquete, recepción de invitados... ¡todo! ¡Estoy rendida!... ¡Cualquiera diría que no he asistido nunca a una boda!

—¡Ay, querida, no sé qué sería de mí si no te tuviera a mi lado!— exclamó Mary sonriendo con calma mientras seguía tendida en la mesa de masaje, envuelta en una sábana y con el rostro lleno de crema y la cabeza escondida en un paño blanco que le daba una apariencia monacal—. ¡Tú sabes tanto de todas esas cosas!...

—Si no lo supiera ella que lleva ya enterrados a tres maridos...— murmuró Bella.

—Sólo he enterrado a dos, Bella, el tercero... bueno, al tercero le perdí de vista.

—Se debía alistar en la Legión Extranjera—dijo Bella con ironía.

Paula no le hizo caso. Se arrojó junto a Mary y le preguntó, con emoción:

—¿Estás contenta?

—Excitada solamente... Tengo el presentimiento de que me va a ocurrir algo malo antes de llegar al altar.

—¡Oh, no seas tonta!... La primera vez siempre le sucede a una eso... ¡Ay, nena!... Toda la vida he deseado saber cuando los hijos se casan qué es lo que sienten las

madres... Ahora ya lo sé... De tal modo he llegado a sugestionarme con esa boda tuya que ya me hago la ilusión de que eres mi hija.

—Y en realidad casi se puede decir que lo soy... Por lo menos soy tu hija espiritual. A ti te debo todo lo que soy hoy día... y supongo que estarás satisfecha de ello.

Entró en la habitación, sin pedir permiso e interrumpiendo el diálogo de las dos mujeres, Dill, el novio, un muchacho joven, fuerte, alegre, con muy poco sentido en la cabeza y con mucha fuerza en los músculos. Se acercó a Mary, le pasó el dedo por la nariz; llevándose buena parte de la crema que estaba sobre ella, la probó como si fuera algo comestible y dijo, riendo, mientras las dos mujeres coreaban sus carcajadas:

—¡Es vainilla!... ¡Rica mescolanza!... Pero no me gusta para la mujer con la que me voy a casar. Lávate en seguida, porque quiero darte un beso.

—¡Lárgate de aquí inmediatamente! ¡Está prohibida la entrada! Desde que eras niño has tenido siempre la mala costumbre de entrar sin avisar ni pedir permiso.

—Es que eso me divierte.

—¡Que te divierte!... Ya verás cómo yo te voy a corregir. Ahora

me pagarás todas las peleas que hemos tenido los dos desde que contábamos ocho años.

Todos los invitados se precipitaron en la habitación de Mary armando una algarabía infernal, queriendo quitarle a la novia la sábana que la cubría y haciendo tanto ruido que parecía aquello una horda salvaje saqueando un palacio.

—¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Fuera!—gritaban las dos mujeres con desespero, logrando con mucho esfuerzo hacerles salir a todos. Paula empujaba a Dill, que era el que oponía más resistencia.

—No me quiero ir—porfiaba el novio—. No me quiero ir. Lo que estás haciendo conmigo, Paula, es un abuso de confianza. ¿Es que no significo yo nada? Esto no se hace

con un futuro padre de familia... Es un atropello... Cuando consigas deshacerte de este guardia de la porra, Mary, llámame, quiero estar a solas contigo... Te he dicho que a solas—añadió, asomando de nuevo por la puerta que Paula había cerrado tras él.

Cuando las dos se quedaron solas de nuevo, Mary miró a Paula y le preguntó con mucha seriedad:

—Oye, Paula, mi novio va ahora a la cena de despedida de soltero... y quisiera saber cómo visten las mujeres que van a esas cenas.

—Creo que con la menor ropa posible, aunque yo no lo he visto nunca.

—¡Ya comprendo!... Preferiría que Dill no fuera a esa cena...

* * *

En cuanto Jeff desembarcó llamó por teléfono a Mary. Venía de Europa donde había permanecido muchos años, y volvía a su país decidido a casarse con Mary. Por eso, camino de la casa de Mary fué comprando cuanto encontraba a su paso: flores, frutas, confites, globos

de esos que se venden para los niños, y hubiera acaso comprado cordones de zapato y piedras para encendedores de no haber tenido a su lado a Shep, a su buen amigo, a su gran amigo, a su incondicional Shep que le había ido a esperar y en cu-

vos brazos iba Jeff depositando todas aquellas compras.

—Shep—iba diciendo Jeff mientras caminaban—, estoy tan emocionado que me olvidaría hasta de la cabeza si no la tuviera unida al cuello. ¿Lo llevas todo?... España es un país maravilloso, chico, pero no pienso volver allí... Cuando he visto asomar la estatua de la Libertad entre las brumas de nuestro cielo me ha parecido ver a una novia antigua y he olvidado el sol de España y su cielo azul... Dos años he estado allí, dos años trabajando sin cesar durante todo el día... y por las noches... ¡oh, la serenidad de las noches españolas!... Pero ahora que me encuentro aquí entre la suciedad y el ruido que me son tan familiares, me siento en mi hogar... ¡Qué bien huele este mal olor!... ¡Huele a mi país y para mí es el mejor de todos los perfumes! No pienso moverme de aquí... ¡Nueva York!... ¡Qué ciudad, señor! Dura, fría, antipática, triste, poco acogedora... ¡pero la quiero!... ¡la quiero a pesar de todo!... Cuando divisé la silueta de los rascacielos recortándose en el horizonte sentí una emoción como jamás la he sentido en mi vida...

—Supongo que en España habrás hecho un fortunón—dijo Shep aprovechando aquellos puntos suspensivos que ponían una pausa en la verborrea de Jeff.

—Psheé... no tanto... He ganado lo suficiente para poder realizar la ilusión de toda mi vida... Shep, ¿sabes lo que pienso hacer?—preguntó Jeff en un tono un poco romántico.

—Darle un mamporro a un guardia...

—No, no... no es eso... Eso lo hacía cuando estaba sin blanca y corría por esas calles como una bala perdida. Pero ahora voy a solicitar la mano de una chica de la cual estoy enamorado desde que tuve edad para deletrear la palabra amor...

—¿Quién es?—preguntó Shep, intrigado.

—¡Mary!—suspiró Jeff, poniendo los ojos en blanco—. He venido expresamente de España para casarme con ella.

—Bueno, pero... —dijo Shep, queriendo confesar a su amigo la verdad.

—¿Pero qué?—preguntó Jeff con angustia.

—Pero... pero... que has hecho un viaje larguísimo...—dijo Shep

entre dientes, sin valor para confesar a Jeff la verdad.

—Lo hubiera hecho a nado, por Mary; ningún sacrificio me parece bastante grande para obtenerla.

—¡Ah, sí, pero!... —volvió a murmurar Shep, convencido de que su obligación era poner en antecedentes a su amigo.

—¿Qué?

—Que... ¿cómo está España?... Llena de españoles, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?—preguntó Jeff mirando con extrañeza a Shep.

—Quiero decir que podríamos ir primero a mi casa a tomar un poco de coñac...

—Estás loco, Shep. Hago el viaje para ver a Mary y quieres retrasar esa dicha. Vamos a su casa directamente. ¡No faltaría más!...

La llegada de Jeff a casa de Mary fué triunfal. Era un buen amigo de todos los que allí estaban congregados para festejar la boda de Mary. Todos le recibieron con grandes muestras de júbilo y Paula se arrojó por dos veces en sus brazos con una demostración vehemente de cariño y de amistad.

—¡Pero es Jeff!...

—¡No puede ser!... ¡Si Jeff estaba en España!...

—Eso es una alucinación...—exclamaron varias voces.

—No es alucinación. Soy yo mismo. ¿Queréis pellizcarme para convenceros de que no soy un fantasma?—preguntó Jeff, ofreciendo gustoso su pierna para que pudieran hacer la prueba.

Algunas manos se atrevieron a ello y Jeff fingió gritar como si le doliera mucho lo que sólo le causaba placer.

—¿Y Mary, dónde está Mary?—preguntó impaciente por ver a su amada.

—Mírala, ahí viene hecha un ángel de hermosura—dijo Dill con orgullo.

—¡Mary!—exclamó Jeff, corriendo a ella y abrazándola con entusiasmo.

—¡Jeff!... ¡Oh, Jeff, qué alegría; tu llegada viene a colmar mi felicidad!—dijo Mary, mirando a aquel amigo de la infancia con los ojos húmedos de emoción.

—¿Tu felicidad? Pues, ¿qué ocurre? ¿A qué viene todo esto?

—Jeff, éste es el instante más decisivo de toda mi existencia. Ma-

ñana voy a convertirme en la esposa de Dill Todd...

La sonrisa de dicha que jugaba en los labios de Jeff iba a desvanecerse para dar paso a una expresión de dolida tristeza; pero Jeff sabía dominar sus emociones y logró que la sonrisa siguiera allí, jugueteando entre aquellos labios que no encontraban palabras para decir ante la noticia que destruía de un solo golpe todas sus ilusiones.

—¿Qué te parece? ¿Qué me dices? — preguntó Mary al ver que Jeff permanecía en silencio.

—¡Ah, sí, muy bien! — murmuró Jeff, haciendo un esfuerzo para sobreponerse a su propia emoción.

—¿No me dices: "Mary, enhorabuena"?... ¿No le encargas a Dill que cuide bien a "nuestra querida niña", como me llamabais cuando éramos tamañitos así?... ¿Ni siquiera vas a dar un beso a la novia?

Jeff besó a Mary con un beso respetuoso y tímido, con un beso bien distinto al que había soñado darle cuando se encontrara a solas con ella y pudiera obtener su deseado sí. Luego se volvió a Dill y repitió, como un colegial que tiene bien aprendida su lección:

—Cuida bien a nuestra querida niña, Dill...

—Nuestra querida niña tiene ya edad para cuidarse ella sola — contestó Dill, riendo con una carcajada vacía.

—Y a la niña se le acaba de ocurrir una idea. Tú serás nuestro padrino de boda. ¿Qué te parece?

—No veo que eso sea una idea maravillosa — murmuró Shep, que estaba aterrado.

—¡Magnífica!... — asintió Paula que con todas aquellas emociones se iba poniendo cada vez más nerviosa.

—¿Qué dices tú, Jeff? ¿Qué te parece? ¿Estás de acuerdo conmigo? — preguntó Mary.

—Sí... desde luego... sí... muy buena idea...

—¡Entonces queda acordado!... ¡Ahora vamos a reír, a comer, a beber, a celebrar mi despedida de soltero!...

—No, iros vosotros, yo me quedo con Jeff; no le voy a soltar hasta que me haya contestado a diez mil preguntas que pienso hacerle.

—¿Diez mil?... Pues yo tengo que preguntarte millones y millones de cosas — replicó Jeff, riendo y siguiendo a Mary que le llevó a otra

habitación y le obligó a sentarse en una butaca tomando ella asiento sobre las rodillas del muchacho.

—¿Te molesto? — le preguntó, sonriendo—. Siempre ha sido éste mi asiento favorito.

—No, nena, no me molestas.

—Cuéntame cosas de España. Dime, ¿son tan bonitas las mujeres como dicen? ¿Es tan bello su cielo y tan espléndido su sol?

Paula no les dejó tranquilos. También ella quería que Jeff le contara cosas de España. Fué a reunirse con ellos e hizo en un segundo dos mil preguntas, con aquella precipitación y aquella nerviosidad que la caracterizaban.

—¡Oh, Jeff, ya me lo explicarás todo cuando haya pasado esta boda!... Esta boda me tiene a mí completamente trastornada. ¿Verdad que es algo emocionante?

—¡Oh, emocionante es poco! — exclamó Jeff, con amarga ironía.

—Pasarán la luna de miel en mi casa de campo. Luego marcharán a Europa y cuando vuelvan de ella tendré que someter mis nervios a un tratamiento. Esta criatura ha logrado desbaratármelos... ¿Te disgustarás si me llevo a Mary de tu

lado? Necesita atender a los invitados, yo no puedo hacerlo todo sola... Luego hablaréis más rato... Vamos, 'Mary...

Paula se llevó a su amiga a viva fuerza y Jeff se paseó un momento a lo largo de la habitación, con un pliegue amargo entre las cejas y los labios apretados, como para no dar salida a su dolor. Shep se presentó ante él, sumiso y humilde, mirándole con ojos de can que sabe ha cometido una mala acción y que teme le den una paliza.

—Debiste decírmelo — murmuró Jeff, con amarga tristeza.

—Quise hacerlo, Jeff, pero me faltó el valor. No sirvo para dar malas noticias.

—He debido parecerte muy idiota, con mis entusiasmos extemporáneos.

—No. Siempre había yo creído que estabas enamorado de Mary, pero como te fuiste a España...

—Me fuí para hacer fortuna y poderme casar con ella. Tú eres el único que te has dado cuenta de mi amor... Fíjate — añadió Jeff, tomando una fotografía que representaba a Dill, a Mary y a él cuando eran niños y jugueteaban en el jardín como tres locuelos — ahora sucede

lo mismo que entonces... Yo era el que me desvivía por agradarla... yo era el que hinchaba las ruedas de la bicicleta y Dill era el que la montaba... Dill ha sido siempre el que me ha tomado la delantera en todo... Vámonos de aquí... Necesito beber mucho para ponerme en condiciones de actuar de padrino de boda.

—Te daré una receta infalible: un vaso de coñac, un doble de ajenojo, tres deditos de vodka, dos sorbos de ron... y olvidarás tus penas por toda la eternidad...

—Jeff—dijo Mary, entrando en la habitación—, ya he clasificado los regalos, pero quisiera que me dijeras qué es lo que debo hacer con treinta juegos de tocador y veinte candelabros.

—Creo que lo mejor que puedes hacer es empeñarlos—replicó Shep.

—Oye, Mary, Shep me está dando lecciones para ser un modelo de padrinos... pero me recomienda cosas un poco raras. Dime tú qué es lo que debe hacerse para entregar a una novia. ¿Hay que empaquetarla como un regalo de Navidad?—preguntó Jeff, bromeando para ocultar su tristeza.

—Sí, y con la dirección al dorso,

para caso de devolución—contestó Mary, riéndose con todas sus ganas—. ¿Estás contento de ser mi padrino?

—Si tú lo estás también yo lo estoy—replicó Jeff, tratando de sonreír a Mary.

—Yo estoy más que contenta, contentísima... Mira, Jeff, ¿te acuerdas de cuando nos hicieron este retrato? Desde entonces que amo a Dill. Cuando me quedaba dormida soñaba que Dill venía galopando en un enorme caballo blanco dispuesto a raptarme... Y me revolvía el cabello y siempre me hacía rabiarse... Tú, en cambio, eras más cariñoso conmigo y más condescendiente. ¿Te acuerdas que entonces tú me querías mucho también?

—Sí... lo recuerdo... pero aquello no era más que un cariño de colegial—dijo Jeff, tratando de desviar la conversación.

—Pero el mío hacia Dill era también cariño de colegiala... ¡Qué extraño es todo esto del amor!... Dicen que esos cariños de niños no suelen durar... y ya ves como el mío ha perdurado a través del tiempo.

—Sí, claro... pero no es lo corriente... Rara vez sucede así...

—Con el mío así ha ocurrido... fué creciendo conmigo y aunque los años han transcurrido sigo amando a Dill como cuando éramos niños, mucho más que entonces, porque ahora es un amor consciente de mujer enamorada de veras. Soy tan feliz, tan feliz, que tengo ganas de cantar y de llorar... ¿Tú me comprendes?

—Para el que no está enamorado se hace un poco difícil comprender todo eso... Debe ser un estado de ánimo delicioso... aunque un poco contradictorio.

—¡Oh, Jeff, tú siempre has tomado las cosas a broma!... Pero yo te aseguro que esto del amor es una cosa muy seria.

—Tan seria, Mary, que hay que bromear hablando de ella para olvidar un poco su seriedad...

—¡Vamos, vamos! —gritó Dill, dando fuertes palmadas para llamar la atención de todos—. Se hace tarde y tenemos que ir a mi cena de despedida... ¡Vámonos!...

—Id pronto, pero no tardes en volver, Dill... Yo sé que volverás... Jeff se encargará de traerte—dijo Mary, abrazando a su novio.

—Está bien, por hoy seré yo quien te lo traiga, pero desde ma-

ñana eres tú la que tiene que encargarse de él.

—Lo haré con mucho gusto.

—¡Ah, cómo me gustaría ser hombre!—exclamó Paula, dando un hondo suspiro al ver salir a todos los hombres en dirección al restaurante en donde iban a celebrar aquella despedida.

—¿Ser... o tenerlo?—le preguntó Dill con maliciosa intención, provocando en todos una franca carcajada.

—Esperadme, que voy a buscar mi sombrero—gritó Dill, que atolondrado como estaba lo olvidaba todo.

Corrió al armario ropero, abrió y se encontró que Mary se había encerrado en él para darle un último beso antes de que llegara la hora de su boda.

—¡Ah, qué susto!... —exclamó Dill—. Creí que eras Fu Manchú.

—¡Querido, Fu Manchú te quiere cada día más!...

—¿Hasta cuándo me querrá tanto?

—Hasta el séptimo hijo del séptimo hijo ella te querrá siempre... Y el teniente norteamericano, ¿quiere a la nena Fu?

—Sí, la quiere, la quiere, la

quiere—repitió Dill, besando a su novia con precipitada alegría.

—¿No hay otra mujer en tu corazón?

—¿Cómo quieres que la haya si tú lo ocupas por entero? No la hay, ni la ha habido, ni la habrá nunca.

—¡Oh, querido! ¿has olvidado ya a Connie?

—¡Connie!... Fué un pasatiempo... No llegó a penetrar en mi corazón.

—Pero pasaste con ella largos meses en París.

—Aquello fué mi ensayo de adolescente, Mary... Tú sabes bien lo que las Connies, Bonies, Susies significan en la vida de un hombre... Son simples aventuras sin consecuencia... Tú eres el amor.

—¡Mi vida!... ¡Qué hermoso discurso para que lo escuchen los oídos de una enamorada! Desde ahora tus palabras serán como un lema para mí.

* * *

A la mañana siguiente Dill no estaba todo lo sereno que debía haber estado el día de su boda. Había bebido mucho en la cena de despedida, había bebido tanto que sentía el cerebro un tanto pesado y no veía claros los objetos.

—¡Johnson!... ¡Eh, Johnson! —gritó, llamando a su ayuda de cámara para que le vistiera—. ¿Dónde te has metido?

—No me he movido de aquí, señor—contestó el criado, acercándo-

se más a él para que le viera.

—Lo que haces es jugar al escondite... Ven aquí y no te muevas, Johnson... ¡Ah, Johnson, ya se va acercando la hora feliz!

—Sí, señor.

—Johnson, creo que tendré que buscarte una esposa... No me parece decente que el mayordomo ande soltero... en tanto que el señorito está en casita amarrado...

—Lo que el señor mande.

—Bien... ¿No te gustaría una

doncellita francesa, de esas que llevan el delantalillo del tamaño de una hoja de parra?...

—Si he de decir lo que me gusta, señor, me gustaría seguir soltero como hasta ahora. Digo, si es que al señor le da lo mismo.

—Es que no me da lo mismo, Johnson... ¡Eh, Johnson, no te vayas!... ¿Te has enojado? ¡Johnson!... ¡Johnson!...

Johnson había ido a abrir la puerta, porque el timbre había sonado, y Dill le seguía llamándole con una persistencia debida más al exceso de alcohol que llevaba en la cabeza que a su deseo de seguir conversando con el criado. Le siguió hasta la antesala y al abrir la puerta del salón Dill se quedó cortado. Una mujer estaba ante él, mirándole con unos ojos lucientes y desafidores.

—¡Connie! —exclamó un poco turbado—. ¿Qué es lo que vienes a hacer aquí? Creo que lo mejor será que te largues en seguida.

—¡Oh, Dill, no puedo vivir sin ti!... He sido tan desdichada lejos de tu lado...

—Bueno, Connie, cálmate... y no te precipites... Ahora aquello acaba... Tú no sabes...

—No sé nada ni quiero saber nada, excepto que tú eres mi único amor... Dill, yo no he querido a nadie más que a ti.

—Pero Connie, ésta no es hora de declararse... Tú no sabes... ¡Atiéndeme!... Ocurre algo que debo decirte antes de que sigas adelante... ¡Voy a casarme!

—¿A casarte?... ¡Pero Dill, eso no es posible!...

—No comprendo por qué te extraña; es una cosa que la hace todo el mundo.

—Es que... no acierto a comprender lo que dices —murmuró Connie con acento entristecido, pero sin melodramatismo, sin exageraciones—. Ha sido todo tan rápido... Hace tan poco tiempo que... Ya veo que te cuesta muy poco olvidar...

—No me vengas con lamentaciones ni jeremiadas. Aquello acabó. Debiste comprenderlo así hace mucho tiempo.

—Acabó para ti; pero para mí apenas ha empezado—dijo ella, con energía.

—¿Acabó para mí? ¿Y por culpa de quién?... ¿No fuiste tú la que me dejó bonitamente plantado? Y ahora serás capaz de decir que yo tuve la culpa...

—Sólo traté de darte una lección, Dill... ¡Y ahora vas a casarte con una pobre muchacha por despecho!... ¡La vas a hacer desgraciada a ella y vas a destrozar nuestras vidas!... Hemos nacido el uno para el otro, Dill...

—No, estoy sinceramente enamorado de la mujer con la cual voy a casarme. ¿Lo has entendido? La quiero de veras y me parece que la he querido toda mi vida.

—Entonces, ¿qué he sido yo para ti?... ¿Uno de esos vasos de papel de los que después de utilizarlos se arrojan al cesto de la basura?... Ni siquiera me has participado tu boda... He tenido que venir yo a convencerme de que eso era cierto...

—Así, ¿estabas ya enterada de que iba a casarme?

—Sí. Y he venido porque era necesario que te viera, porque quería cerciorarme de que era verdad lo que me habían dicho.

—Hum... pues ahora ya lo sabes—dijo Dill, que comenzaba a dejarse dominar por aquellos ojos tan bellos que le miraban con cariño y que no estallaban en lágrimas ni en relámpagos de ira, sino que con-

servaban aquella expresión que él había amado tanto.

—Sí, ya lo sé... ¿Y eso es todo?... ¡Tantas palabras que hay para decirse que se ama, y tan pocas que son necesarias para decirse que se ha dejado de amar!... Está bien, ya no me amas y te casas con otra... Es bien sencillo... He venido dispuesta a armar escándalo, a llorar, a gritar, a mentir, si hacía falta... a todo para recuperarte... Pero ahora que he fracasado en mi intento puedo ser franca contigo...

—Connie... lo que más admiro en ti es esa... esa elasticidad de franqueza que en ciertos casos te hace sublime, como en este momento—dijo Dill, que estaba tan emocionado que sentía ya deseos de abrazar a aquella mujer y arrullarla como a una niña, como había hecho tantas veces, desprevenido por completo del veneno que guardaba en su espíritu aquella gatita tranquila que fingía tan bien la sumisión y la sencillez.

—Dill, no te culpo a ti de lo que ocurre—siguió diciendo Connie, segura ya de su triunfo, y continuando con aquella vocecita suave, levemente entristecida, que llegaba más al alma de Dill que todas las

grandes escenas dramáticas que hubiera podido hacerle—. Sufro ahora un castigo que tenía bien merecido, por haber tomado en serio una leve riña sin importancia... Si yo no me hubiera marchado no se hubiera roto nuestra felicidad... Yo no supe darme cuenta de que aquello que comenzó por una diversión se había transformado en amor, en amor grande y profundo...

—¿Y qué quieres que yo te diga?—preguntó Dill a punto de romper a llorar como un niño malcriado.

—Lo mejor será que no me digas nada, Dill—murmuró Connie, sentándose cerca de él y envolviéndole en el perfume de su cuerpo y en el calor de su carne—. Eso pasará... Tal vez encontraré otro Dill en mi vida... me enamoraré otra vez acaso... y encontraré la felicidad perdida... No soy vieja ni soy

fea... Los hombres se me disputan... Entre todos habrá alguno que sepa llegar a mi corazón... Brindemos, Dill, por tu futura felicidad, por tu boda, por tu hogar... y si me lo permites... ¡brindemos por Ella!...

Bebieron champán y licores, bebieron mucho, abundantemente, y Connie iba constatando con pérfida malicia el efecto que el vino producía en Dill. Connie se quitó el abrigo. Iba con un traje sumamente descotado. El calor de su garganta y de su pecho enloquecían más a Dill que los vapores del alcohol... Había olvidado a Mary, había olvidado que era el día de su boda y que la hora se aproximaba... Lo había olvidado todo en brazos de aquella hembra que había sabido recuperar en breves instantes lo que había perdido en un momento de orgullo.

* * *

Jeff y Shep se habían emborrachado tan profundamente y habían cometido tales locuras en la habitación del hotel, que la gerencia y toda la servidumbre se habían congregado en su habitación para pe-

dirles reparación de los daños y perjuicios causados en el establecimiento. Shep fué el primero en despertar y en coordinar, mal que bien, sus pocas ideas. Sabía que habían bebido hasta la madrugada y que les había dado a los dos por hacer locuras sin cuento.

—¡Sssssh!... no grite como un energúmeno—dijo Shep al gerente que estaba furioso—. Va usted a despertar a mi hermanito.

—¡Y a mí qué me importa!... Me han estropeado ustedes mi habitación y están deshonorando mi hotel con ese modo de proceder... Pagarán ustedes los desperfectos que me han hecho, y si no los pagan les denunciaré a todos los tribunales del país...

—¿A los del país solamente?... ¿Y por qué no a todos los del extranjero?

—Si no se largan de aquí no va usted a cobrar ni un céntimo—murmuró Jeff, que había oído aquellas últimas palabras y que quería dormir tranquilo porque sentía una enorme pesadez en su cerebro.

—¡Ah, también está usted despierto!—exclamó el gerente, acercándose a Jeff.

—No creo que su canción sea

una "nana" a propósito para hacer dormir a nadie.

—Bueno, pues si está usted despierto, ¿por qué no abre los ojos?

—Porque tengo miedo de verle a usted la cara.

—No le haga caso... Es que anoche estuvimos en una despedida de soltero y abusamos... de los helados...

—¿Qué hora es?—preguntó Jeff, frotándose los ojos y estirándose con estrépito.

—Las once en punto.

—¿No tendría a mano un frasco de amoníaco?

—No, y aunque lo tuviera no se lo daría a usted, so fresco—replicó el gerente, lleno de ira.

—¡Ya decía yo que esto era un hotel de segundo orden!... ¿Sabe usted tocar el acordeón?

—No, ni ganas.

—Pues es una lástima, porque tengo la cabeza como un acordeón y podría usted tocarlo sin esfuerzo...

Jeff saltó de la cama. Iba con el frac y la camisa... y nada más. Las mujeres se cubrieron el rostro con las manos y salieron corriendo de la habitación. Los hombres hicieron lo propio. Por fin los dos amigos se

quedaron solos y comenzaron a vestirse. Jeff tenía la cabeza no como un acordeón, sino como un jazz-band. Le daba zumbidos y le producía vértigo estar en pie. Se aplicó una bolsa de hielo sobre la frente y se paseó un rato para acostumbrarse a aquel balanceo de todas las cosas que le daba la impresión de estar en alta mar en día de fuerte tormenta.

—¿Sabes algo de Dill?—le preguntó a Shep, que estaba un poco más sereno que él.

—Ni pío, chico. Telefoneé a su casa esta mañana, a las cuatro, y me contestó una señora... es decir, creo que era una señora, pero no tengo la completa seguridad. Desde luego era voz de mujer.

—Ahora comprendo por qué no fué a su despedida de soltero... Debía tener en casa a la manicura...

—Puede ser. Pero ahora es ne-

cesario encontrarle. La boda se celebra dentro de dos horas y necesitamos un marido para Mary, porque somos los padrinos.

—¡Ah, espera, espera, que ahora me acuerdo de algo muy interesante!—dijo Jeff corriendo al teléfono—. Oiga, oiga, comunicación con la tienda de flores más grande de la ciudad... Aló, aló... ¿es la tienda de flores?... Bueno, quiero todas las azulinas que tengan. ¿Cuántas tiene?... ¡Oh, eso es muy poco!... Quiero todas las azulinas que haya en la ciudad. Ustedes se encargan de buscarlas... Sí, todas, todas... ¿Lo han entendido bien?

—¡Estás loco!—dijo Shep, cuando Jeff hubo colgado el aparato.

—No... Cuando éramos niños las azulinas eran la flor preferida de Mary; creo que lo menos que puedo hacer es cubrirla de azulinas el día de su boda.

* * *

En casa de Mary han acabado de vestir a la novia todas sus damas de honor. Está bellísima. La deli-

cadez de su rostro luce mejor bajo el velo albo y las formas de su cuerpo se delinean con mayor per-

fección, moldeadas por la seda del vestido. Está un poco pálida y un poco impaciente. Es el gran día de su vida. Va a unirse al hombre amado y esto tiene en tensión sus nervios. Pero más nerviosa que ella están Paula y Leonor, sus dos primeras damas de honor. Mary ha recibido con honda alegría el espléndido regalo de azulinas que llega sin nombre, como un don misterioso de alguna hada buena.

—¡Qué delicadeza la de Dill!— exclama Mary, contemplando aquella profusión de flores que llenan su casa—. Eso sólo lo hace un hombre que ama mucho... Cuando éramos niños la azulina era mi flor preferida y siempre decía que me gustaría casarme del color de aquella flor. Dill se ha acordado de eso y me manda todas las azulinas que ha encontrado... ¡Qué gesto tan hermoso!... ¡Qué boda tan bella, rodeada de esas azulinas!...

—Chica, a mí me daría lo mismo casarme rodeada de alcohol—murmuró Leonor, que era una solterona rebelde.

—¿Qué dices?

—Seré tan vieja cuando me case, que habrán tenido que conservarme en alcohol hasta entonces... Y si tu-

viera la seguridad de que entonces me había de casar, no me importaría estar rodeada de alcohol... ¿Lo has entendido?

—¡Qué chica más loca!... ¡Ah, y ahora me acuerdo de los refrescos!... Hay que ir a vigilarlos.

—Ya se ocuparán los camareros de ello, Paula.

—Sí; ¿pero quién se ocupará de los camareros? Hija, si una no está en todo...—dijo Paula, saliendo de la habitación.

—Se preocupa más de buscarse preocupaciones ajenas que de preocuparse de sus propias preocupaciones—dijo Leonor.

—¡Ay, querida, qué juego de palabras en un día de boda!... ¡Con la cabeza que yo tengo!... ¿Cómo has dicho eso?

—Ya no me acuerdo...

Todo estaba a punto para la boda: el banquete, la iglesia, los coches, los criados, la novia incluso... Pero faltaba un pequeño detalle: no se encontraba al novio en parte alguna.

—¿Has visto a Dill?—preguntó Shep a Jeff, después de haber corrido de un lado para otro en busca del fugitivo.

—No sé de él ni una palabra. Lo

mejor será que llames a la policía; puede que esté detenido... ¡Mira que llegar tarde a casarse con una chica como Mary!... Cuando le encuentre le voy a dar duro... ¿Qué hay?—preguntó Jeff a un botones que acababa de pronunciar su nombre.

—Esta carta para usted. No espera contestación.

Jeff leyó la carta, se puso intensamente pálido, se quedó serio como si acabara de leer la noticia más trágica de todo el mundo y salió corriendo de la habitación en busca de Mary.

—¿Dónde está Mary?... ¿Dónde está Mary?—preguntó, entrando como un loco por las habitaciones.

—Aquí estoy, Jeff... ¿Me encuentras lo bastante guapa para recibir a Dill?...

—¡Mary!—dijo Jeff, mirándola con una tristeza profunda en sus pupilas.

—¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a Dill?—preguntó Mary comprendiendo en la expresión de su amigo que alguna mala noticia tenía que darle.

—Mary, Dill se ha casado ya...—dijo Jeff.

—¿Se ha casado? ¿Con quién?

—preguntó Mary sin dar crédito a lo que Jeff le decía.

—Con Connie Barnes.

—No... Tú bromeas, Jeff... No me engañes—murmuró Mary, aferrándose a una última esperanza.

—Mary, no bromeo... Acabo de recibir un telegrama... Se han casado de madrugada y han salido en viaje de novios...

Mary palideció y sus amigas se precipitaron a ella, temiendo que fuera a desmayarse. Pero ella aun tuvo valor para sonreír con amargura mientras les decía:

—No tengáis miedo, no, no me desmayo... No soy de esas... ¿Qué dice en su telegrama? ¿Que lo siente?—preguntó, mirando a Jeff y comenzando a pasear nerviosamente de un lado a otro de la habitación.

—Sí, dice que lo siente mucho.

—¡Qué galante es ese Dill! ¡Se compadece de mí!... ¡Siempre tan amable!... ¡Es delicioso haberle conocido!

—Mary, quieres hacer el favor de sentarte—le dijo Paula, que temía por la salud de su amiga al verla tan excitada y tan nerviosa.

—¿Para qué?... La novia ha de permanecer siempre en pie... Tú no te casarías sentada, ¿no es verdad?

¡Claro que no!... Hay que estar en pie frente al altar y besar al novio terminada la bendición... esas son las lecciones que tú misma me has dado, Paula... Sólo que el novio se ha casado con Connie Barnes...

La tensión nerviosa que sostenía a Mary la abandonó por un momento y rompió en un sollozo trágico, yendo a refugiarse en los brazos de Jeff, que la estrechó con efusión mientras le decía:

—Alto ahí, nena, no quiero verte así. Reprímete. Ese canalla no merece tus lágrimas.

—Gracias, Jeff... Eso ha pasado ya... Ha sido un instante de flaqueza... Lo siento por ti, Jeff, porque no puedes ser mi padrino de boda.

—Eso no tiene importancia... Anda, vamos, vamos de aquí... Paula cuidará de explicarlo todo a los invitados...

Pasados los primeros días Mary decidió ir a la casa de campo que Paula le había ofrecido para pasar su luna de miel. Si no encontró en ella las dulzuras que imaginó hallar yendo allá con su marido, encontró por lo menos la calma del campo que hacía mucho bien a su espíritu atormentado y encontró en el deporte y en el trabajo templan-

za a sus nervios desequilibrados por el choque moral que acababa de recibir. Montaba a caballo, nadaba en el río, cortaba leña en el bosque, hacía gimnasia y se dedicaba a los trabajos caseros en los que Paula la ayudaba, satisfecha de ver cómo su amiga se iba reponiendo del golpe sufrido. No tardaron en ir a reunirse con ellas Jeff y Shep. Para el primero la ciudad se había convertido en árido desierto desde que Mary se había marchado. Para el segundo... bueno, el segundo hacía siempre lo que quería el primero.

Cuando llegaron, Paula les recibió con grandes muestras de júbilo. No era ella mujer amante del campo. Era flor de ciudad y en el campo se consumía de tedio.

—¡Ah, por fin vienen nuestros invitados! — exclamó, abrazándoles con aquella cordialidad y entusiasmo que ponía en todas las cosas—. Me parece que hace muchos meses que no veo seres civilizados... Ven, siéntate y cuéntame muchas cosas de Nueva York... ¿Quién es ahora el alcalde?

—Max Baer—contestó con aplomo Jeff, bromeando como hacía él siempre—. Y vosotras, ¿qué hacéis aquí?

—Este es nuestro delicioso retiro... y aquí es donde nuestra vida transcurre plácidamente... si es que a esto se le puede llamar vivir.

—¿Te gusta la casita, cariño?—preguntó Shep a su amigo, tratándole como si fuera su novia.

—Sí, sí, muy mona — contestó Jeff, siguiendo el bromazo—. Quiero quedarme en ella, mi vida.

—Dígame, señora, ¿está muy lejos de aquí la escuela?

—Unas treinta millas, que hay que hacer a caballo o en trineo...

—No está mal para nuestro nene.

—No está mal... ¿Y cuántos dormitorios necesitaremos?

—Pues... uno para el nene y la nodriza... otro para nosotros... y otro para mamá... Desde que nos casamos mamá vive con nosotros...

—¡Muy bonito!... Siempre es una ayuda—dijo Paula, que reía escandalosamente del papel que estaban representando sus amigos.

—¡Siempre tan locos, tan locos!...—gritó Mary, entrando y dando una fuerte palmada en el hombro de Jeff.

—¡Ah, caramba!... ¿Y esto forma parte de la casa? — preguntó Jeff, dirigiéndose a Paula y mos-

trando a Mary con un gesto arrogante.

—Si formara parte de la casa sería demasiada ganga... Esto es aparte...

—Entonces... lo pensaré... — replicó Jeff, como si ya no quisiera quedarse allí.

—¿Cómo estás, Jeff?—preguntó Mary, cortando la broma y hablando en serio.

—Yo muy bien... También tú estás muy bien, muy fuerte y tostada por el sol... ¿Y el corazón, como marcha?

—Completamente tranquilo.

—¿Y el cerebro?

—Sin ideas... Me dedico al deporte y he logrado matar el cerebro... Ahora me siento fuerte como nunca—dijo Mary, descargando de nuevo un terrible golpe sobre el hombro de Jeff.

—Oye, niña, que el que lo siente soy yo...

—Mira, toca los bíceps; están como piedras.

—¡No los va a tener fuertes, si se pasa el día cortando leña! La gente cree que está loca...

—Oye, Paula, ¿qué es esto? ¿Una chimenea? — preguntó Shep, que todo lo iba curioseando.

—No, hijo... ¡una heladora!... ¡Habrás visto pregunta tonta!...

—¿Has traído mi correspondencia, Jeff?—preguntó Mary.

—Sí, hay una maleta llena.

—Bien, la leeremos después de cenar. Hoy hará la cena Paula.

—No, hijo, que sólo me queda una uña en el pulgar y la conservo para cuando lleguemos a Nueva York. Las otras se me han roto todas lavando los platos...

—¡Qué exigente se vuelve el servicio cuando toma confianza!—exclamó Mary—. ¿Pues quién va a hacer la cena?

—Si me permitís la haré yo—dijo Jeff—. He aprendido a guisar en España y sé hacer cosas deliciosas. Con un huevo y una sartén soy capaz de hacer una tortilla.

—¡Estupendo!... Manos a la obra.

Aquella cena fué alegre y cordial. La camaradería que reinó entre los cuatro comensales fué la salsa más sabrosa de toda la cena. Todo lo encontraron riquísimo y Jeff llegó a sentir un poquito de orgullo en su amor propio de artista culinario. Cuando hubieron terminado, Paula se levantó y dijo:

—Vamos, Shep, ahora nos toca a

nosotros. ¿Qué prefieres hacer, lavar platos o secarlos?

—Tirarlos y romperlos... así acabaré antes.

—Vamos, vamos, loco... Hoy fregarás tú. Anda, levanta la mesa y vamos andando.

Mary y Jeff entraron también en la casa, fueron al salón y se sentaron él en una butaca y ella a sus pies, disponiéndose a leer la correspondencia que para Mary había llegado.

—Conste que no las he leído yo primero, como suelen hacer los secretarios.

—Está bien; ahora las leeremos juntos.

—¡Con lo que a mí me gusta leer la correspondencia ajena!... Toma, empieza.

—¿Qué será esto? —preguntó Mary, dando vueltas en su mano al sobre que Jeff acababa de entregarle.

—Mira, lo mejor es que abras la carta y la leas. Así saldrás de apuros.

—¡Oh, qué interesante, es la noticia que yo esperaba!... Una pescadilla que se ha abierto junto a mi casa y que dice me cuenta ya como parroquiana... ¡con el odio que le

tengo yo al bacalao!... ¡Ah, ésa está mejor!... Una carta emocionada de los Rogers, brindándome su simpatía y su afecto en estos momentos dolorosos... ¡Qué insulsez!... Esto es la cuenta del gas, hay que dejarla aparte... ¡Ah, ésta es digna de leerse en voz alta! Oye, Jeff: "Tenemos el gusto de invitar a ustedes a la fiesta que celebraremos el martes, día ocho, rogándoles su asistencia. No falten. Connie y Dillon Todd"... ¿Qué te parece?—preguntó Mary, alzando sus ojos hasta Jeff que le preguntó a su vez:

—¿Qué piensas hacer?

—Es pasado mañana la fiesta... pienso ir...

—No, Mary... Esta invitación no es cosa de Dill... esta invitación es una maquinación de esa mujer encantadora.

—Iré, Jeff.

—Esa mujer quiere humillarte y tú no estás acostumbrada a ello. No seas terca, Mary, no vayas.

—He dicho que iré e iré... ¡Tú no puedes comprender cómo piensa una mujer! Connie no quiere que yo vaya a la fiesta... Ahí está la humillación. Me cree vencida y quiere hacérmelo notar. Ella piensa que

estoy anegada en llanto, estrujando su carta entre mis manos con un gesto trágico... en el colmo del abatimiento y de la desesperación... Iremos a bailar, a beber, a suspendernos de las lámparas y a tirar el piano por la ventana... Le dejaremos la casa destrozada y nos reiremos de ella.

—¿Y Dill?... ¿Qué va a pasar cuando te encuentres frente a él?—preguntó Jeff, un poco alarmado por las consecuencias que pudiera tener aquella absurda visita.

—Le prestaré la misma atención que a un mueble viejo y carcomido... En mi corazón ya no queda nada para él... Le felicitaré por su gran fiesta y me burlaré de su turbación. ¿No te das cuenta de que estoy completamente curada? Dill está ya tan lejos de mí que no me acuerdo siquiera del color de sus ojos... No tengas miedo, Jeff, no resucitará lo que ya está muerto.

Aquellas palabras no tranquilizaron a Jeff, que sabía bien que todo aquello no eran más que alharacas de un amor propio herido y que en el fondo del corazón de Mary el amor a Dill estaba oculto tras el rescoldo del dolor.

* * *

Salió a recibirles la propia Connie. Jeff presentó a las dos mujeres, con un aire arrogante y distinguido:

—Miss Clay... Mrs. Todd...

—¡Oh, encantada de conocerla, Miss Clay! ¿Cómo está usted?... ¡Dill me ha hablado de usted tantas veces!...

—¿Cómo está Dill? —preguntó Mary sin alteración alguna en la voz.

—Muy bien, gracias... ¡Oh, miss Clay, le debo a usted una explicación! —dijo Connie queriendo entrar en el terreno en el que pensaba herir a su rival.

—¿Explicación de qué?

—¡Oh!... Por la forma en que le arrebaté a Dill al pie del altar.

—¿De veras hizo usted eso?... —dijo Mary con acerba ironía—. Pero, no... ¡si usted ya se había casado con él en París!... El año pasado, ¿no es verdad?

Connie se mordió los labios. Aquella mujer tiraba más certeramente que ella.

—No, no, está usted equivocada... Nos conocimos en París el año pasado, eso es verdad, pero nos hemos casado ahora.

—¡Es gracioso!... Una amiga mía que estaba en el mismo hotel de ustedes me dijo que todo el mundo creía eran ustedes matrimonio... Debe haber sido un infame rumor... ¿no cree usted?

—Sí, eso ha sido —contestó Connie con despecho al verse vencida por la muchacha—. Cora la ayudará a quitarse el abrigo... Y usted, amigo mío, ¿quiere que le presente o prefiere pasear solo por los salones? —dijo Connie a Jeff.

—Prefiero pasear solo... Gracias.

Jeff felicitó de lejos a Mary y entró en los salones, no tardando en encontrarse con Dill que dió grandes muestras de alegría.

—¡Hola, Jeff!... ¿Te has dejado caer por aquí? —le preguntó Dill, abrazándole.

—No me he dejado caer... me han invitado...

—¡Ah...! ¡Oh...! ¡Sí...! Claro, claro, se me había olvidado —dijo Dill un tanto desconcertado—. Y ¿cómo está...? ¿cómo estáis todos?

—Bien, muy bien... ¿Y a ti qué tal te va?

—Bastante bien. ¿Y... has visto... has visto a alguno de nuestra Peña?

—Sí, sí, de vez en cuando les veo.

—Buenos chicos todos... Shep y Leonor están aquí esta noche... ¿Y cómo está... cómo está Paula? —volvió a preguntar Dill, sin atreverse a preguntar directamente por Mary.

—Bien, muy bien... —murmuró Jeff mirando de reojo a su amigo, divertido al ver sus titubeos.

—¿Y Whiffen?

—¡Oh... Whiffen, muy mal, el pobre!... Siempre con su reuma... ¡muy mal!... ¿Sabes que Mary está aquí esta noche? —le preguntó a quemarropa para ver qué efecto le producía la noticia.

—¿Qué?... ¿Cómo?... ¿Has traído aquí a Mary?...

—No, no la he traído yo... ha sido ella la que me ha traído a mí con su invitación.

—¿La han invitado?... ¡Ah, pues yo no sabía ni una palabra! Tú sabes que yo no soy capaz...

—¡Claro, tú no eres capaz de una canallada! —replicó Jeff irónico.

—Perdona un momento, chico, vuelvo en seguida... —dijo Dill, yendo al encuentro de su mujer para aclarar el enigma de aquella invitación que había sido una crueldad.

—Connie, tengo que hablar contigo —le dijo, tomándola por el brazo y llevándola aparte.

—¿Qué pasa, Dill? Debías tener un poco de consideración y no arrebatarme tan bruscamente de los brazos de mi bailarín.

—¿Por qué has invitado a Mary a esta fiesta?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Connie para darse tiempo a contestar ella.

—Que eres una ordinaria y que en esta ocasión lo has demostrado con exceso —replicó Dill con enojo.

—¿A qué viene eso? —preguntó Connie con un arranque de mal humor—. ¿Es que Mary es tan aristocrática que no puede respirar el aire que yo respiro? ¿O es que te remuerde la conciencia por lo que tú hiciste con ella?

—Eso no tiene nada que ver... Pero le pudiste evitar que viniera...

—La ley no obliga a que se acep-

ten todas las invitaciones... Ella ha venido porque ha querido.

—Eres demasiado ruín para comprender sus motivos... Si ella ha venido es porque...

—Porque tiene las virtudes que a mí me faltan, ¿no es eso?—dijo Connie herida en su orgullo.

—Tú lo has dicho... yo no—replicó Dill, dando media vuelta y dejando plantada a su *encantadora* esposa.

Dill buscó a Mary. Quería verla y quería pedirle perdón por lo que le había hecho. Ahora que conocía a fondo a Connie recordaba a Mary con uno de los más bellos sueños de su vida; pero Dill era un hombre de vaciedad espiritual y no había sabido retener junto a sí el tesoro de amor que Mary le brindaba.

—¡Hola, Mary!—le dijo, no encontrando otras palabras más que el saludo vulgar para dirigirse a ella.

—¡Hola, Dill, te felicito por tu fiesta!... Es encantadora.

—Quisiera hablar contigo a solas, un momento, Mary...

Mary dió una mirada a los amigos que la rodeaban y les suplicó que se fueran. Estaban en la terraza. Jeff y todos los demás entraron

de nuevo a los salones, dejando solos a los ex novios.

—Mary, sólo quiero decirte que yo no he tenido nada que ver con esta invitación de mal gusto e infame... y que estoy sorprendido de que tú...

—Lo sé—contestó Mary, atajando la frase.

—Connie no lo ha hecho con ánimo de molestarte... Connie no es mala... Unicamente que... que ha creído un deber invitarte como a una amiga...

—¡Claro que sí!... Estaba segura de ello...—murmuró Mary, con irónica amargura.

—Bueno, Mary, yo sólo quería advertírtelo.

—Gracias, Dill.

Callaron los dos, pero ni el uno ni el otro inició la retirada. Debían haber puesto en aquel momento punto final a su conversación, pero los dos permanecían allí, en la soledad de la terraza que les ofrecía una dulce semipenumbra propicia a las confidencias y a los recuerdos.

—Mary, por Leonor supe que te habías marchado de la ciudad.

—Sí, me fuí a la montaña... Me

molestaba la curiosidad de las gentes.

—¿Estuviste en aquel lago a donde íbamos cuando éramos niños?

—No.

—¡Ah!... Pues, sí, a mí también me gusta mucho la montaña... pero es lo que yo digo... aburre... porque cuando has visto un árbol ya todos los árboles te parecen iguales, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Verdad que es agradable hablar así, como dos buenos amigos?

—Sí, muy agradable... y muy interesante...

Dill se acercó más a Mary, la miró en los ojos, buscó en aquellas pupilas lo que tantas veces había en ellas encontrado y que ahora asomaba de nuevo, y le dijo en voz baja, tan baja que era como un arrullo:

—Mary, si quieres podemos seguir hablando de las montañas y del mar, de las nubes y de los árboles... de todo lo creado y de todo lo inanimado... Podemos hablar del tiempo, de los libros que has leído, de todos esos temas que se tocan cuando se practica algún idioma extranjero con un profesor... pero tarde o temprano, Mary, vendrán a

nuestros labios las palabras que llevamos dentro de nuestro corazón...

—Entonces no te escucharé, Dill—dijo Mary, sin gran convencimiento, dejándose arrullar por aquella voz y perdiéndose en la mirada de aquellos ojos que le eran tan queridos.

—Mary, fué una villanía tan grande la que cometí que aún hoy me asombro de haberlo hecho... No voy a decirte que lo siento, porque esto es muy poco... Quisiera poder decirte todo lo que sufro y cómo me desprecio...

—¿Crees acaso que yo me he divertido mucho?

—¡Claro!... ¡Y esto era lo que más me dolía!... ¡Pensar en ti!... ¡Pensar en el daño que te había hecho!...

—Pues, no sufras más, Dill... Todo aquello se acabó... He logrado olvidar... Ya no queda nada ni de lo que me hizo sufrir ni de lo que me hizo amar... No queda ni el recuerdo.

—Mary... ¿cuándo nos volveremos a ver?—preguntó Dill, contristado.

—Nunca, mi querido Dill—dijo Mary haciendo un esfuerzo por son-

reír y por mostrarse de la más perfecta frivolidad.

—¿De veras, Mary?

—De veras... y creo que tengo razón...

—Mary, esa no es cuestión de razón... cuando se ama no se razona, Mary... y yo te amo, no he dejado de amarte nunca... ¡Te quiero como te he querido siempre!

—Pero yo ya no te quiero a ti, Dill—dijo Mary, arrojándose en sus brazos perdidamente, arrebatadamente enamorada de él, hoy más que nunca, porque el dolor había acrisolado su corazón.

—¡Mary, ya sabía yo que estabas mintiendo!... No es posible olvidar tan pronto cuando se ha amado mucho...

—¡Dill! — exclamó Mary ofreciéndole sus labios y besándole en la boca con una fruición entusiasta, porque se acababan de encontrar después de haber sido separados por un destino cruel.

Connie les sorprendió así unidos.

—¿Están ustedes ensayando una escena para una película?—les preguntó con sarcasmo.

—Sin duda...—contestó Mary recobrándose y encarándose con aque-

lla mujer a la que sabía su peor enemiga.

—¿Y qué papel corresponde a Dill?... Supongo que no será el de caballero...

—Connie, por favor, aguarda un momento... yo te explicaré — dijo Dill, que temía una escena escandalosa.

—No me da la gana de aguardar. Necesito saber en seguida lo que pasa aquí. Lo necesito aunque luego me dicen que soy una ordinaria.

—No he dudado nunca de que usted lo era... Y si quiere saber yo misma le explicaré. Después de todo, Mrs. Todd, como conozco a Dill desde mucho tiempo antes de que usted le conociera, teníamos muchas, muchas cosas que contarnos...

—Dill no ha hablado nunca con las manos.

—¿De veras? ¡Qué curioso!... Yo creí que era el lenguaje más elocuente de Dill...

—Perdone, niña... le voy a hacer una pequeña advertencia a Su Merced... Sepa que no ha nacido aún la mujer que pueda meterse conmigo impunemente... y que esa no será una relamida como usted.

—¡Connie, Connie, por Dios, cál-

mate...! ¡No vayas a darnos una escena escandalosa!

—Si tú no quieres escándalo, yo sí. Estoy dispuesta a chillar y a contar a todos lo que ha pasado. Quiero escándalo para desenmascarar a esa mosquita muerta...

—Yo lo arreglaré todo y explicaré todo—dijo Jeff, interviniendo en aquel zipizape que prometía convertirse en una ensalada picante—. Yo sé lo que Dill ha hecho y lo que Connie piensa.

—¿Usted cómo puede saber mis pensamientos? ¡Cállese!...

—¿Pero es que usted es capaz de pensar?—preguntó Mary con sorna.

—No es éste el momento de dárseles de ingeniosa. Me cargan las niñas de buena sociedad...

—Señoras, señoras, calma, por

favor —suplicó Jeff hablando más fuerte que todos y haciendo un discurso tan largo y complicado, que nada tenía que ver con lo que allí acababa de pasar, que dejó perplejos a todos y aturridos hasta a la misma Connie que no se aturdiría con facilidad. Habló quizá diez minutos seguidos, como si le hubieran dado cuerda y se hubiera disparado sin poder detenerse. Cuando vio que todos estaban a punto de marearse tomó a Mary por el brazo y le dijo haciéndola andar a viva fuerza:

—Mamá, me duele mucho el pie de tanto hablar... vamos a tomar el coche.

Y así, de la manera más absurda pero eficaz, puso Jeff término a una discusión que prometía convertirse en tormenta desencadenada.

* * *

—Jeff, soy feliz, muy feliz — dijo Mary cuando estuvieron en el coche, tomando del brazo a su amigo y mirándole con una mirada lle-

na de luz—. ¿Te acuerdas de que hace poco tiempo te dije que no quería a Dill, que le había arrancado por completo de mi corazón?

¿Te acuerdas que te dije que ya no quedaba ni el recuerdo? Pues bien, entonces mentí... Pero hoy puedo decirte que todo esto es verdad... Le he arrancado de mi corazón como a una flor marchita, que ya no tiene belleza... Ha muerto en mí el amor a Dill y soy libre, feliz...

—Mary, no trates de engañarte; hoy le amas más que nunca... ¿Por qué te empeñas en mentirte?

—¿Qué puedo hacer para curarme de este mal?—dijo Mary, inclinando el rostro sobre el hombro de Jeff, y poniéndose a llorar como una chiquilla.

—Mira, por el momento, lo mejor que puedes hacer es dejar de llorar... Después ya lo iremos pensando.

Al día siguiente Mary estaba vestida y preparada para salir, cuando llegaron a su casa Jeff y Shep.

—¡Hola, amigos! ¿De dónde salís?... ¿Os han dejado escapar del manicomio?—les preguntó al verlos disfrazados a uno de ayuda de cámara y al otro de doncella.

—Nos echaron... porque volvíamos locos a todos los demás—contestó Jeff—. Dime, Mary, ¿estás hoy comprometida para salir? Ve-

nimos a invitarte para pasar el día con nosotros.

—Verás, hoy...

—Queremos que nos acompañes a visitar los canales de Venecia, las pagodas chinas, el Taj Mahal.. la helada estepa rusa o el llano ardiente del Tibet... En una palabra, que podríamos ir a Coney Island a tirarles pelotas a los guardias. ¿Qué te parece el programa?

—Muy bien... Pero hoy no estoy de humor para eso—murmuró Mary, mostrándose preocupada.

—Pues cuando no se está de humor es cuando se ha de ir a un sitio de diversión. Por esto hemos venido a buscarte.

—No, no, gracias, hoy no puedo...

—¿Estás enferma?

—No.

—Pues es la única excusa que te hubiéramos aceptado. ¡Tiene gracia!... ¡Decirnos que no estás de humor!... Vamos, ánimate...

—No, Jeff, no, déjame, no quiero ir...

El timbre del teléfono dió sospechas a Jeff, que se apoderó del auricular y contestó:

—¿Quién?... ¿La señorita Clay? ¿Quién la llama?... ¡Ah, eres tú,



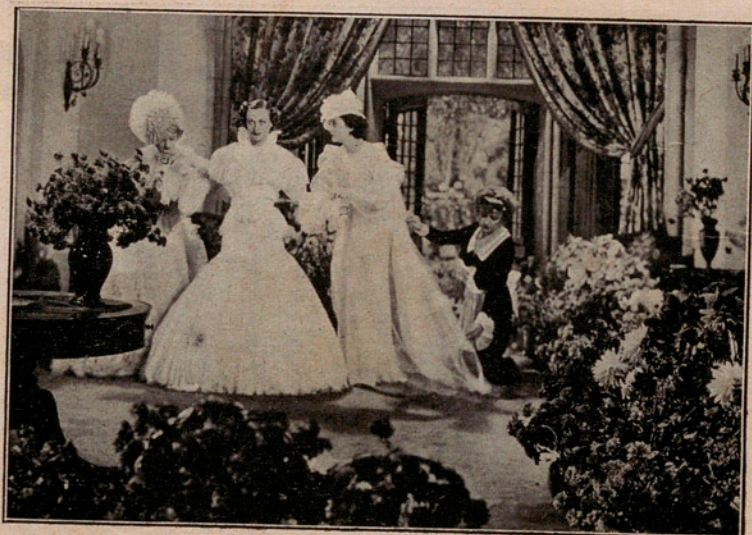
Camino de la casa de Mary fué comprando cuanto encontraba a su paso.



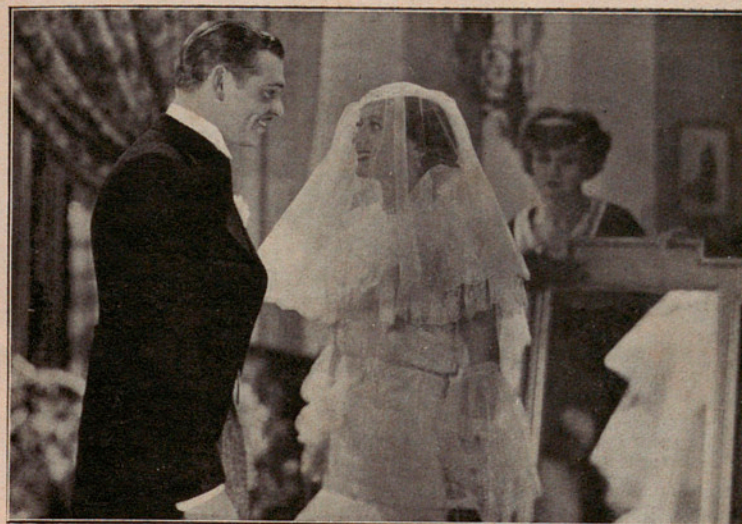
—Jeff, éste es el instante más decisivo de toda mi existencia.



—Entonces, ¿qué he sido yo para ti? — preguntó Connie provocativa.



—¡Qué delicadeza la de Dill!—exclamó Mary al ver aquella profusión de flores.



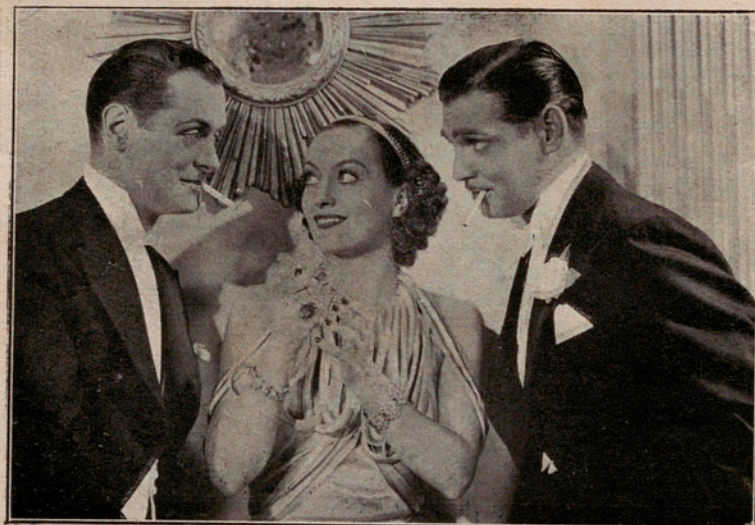
—Aquí estoy, Jeff. ¿Me encuentras lo bastante guapa para recibir a Dill?



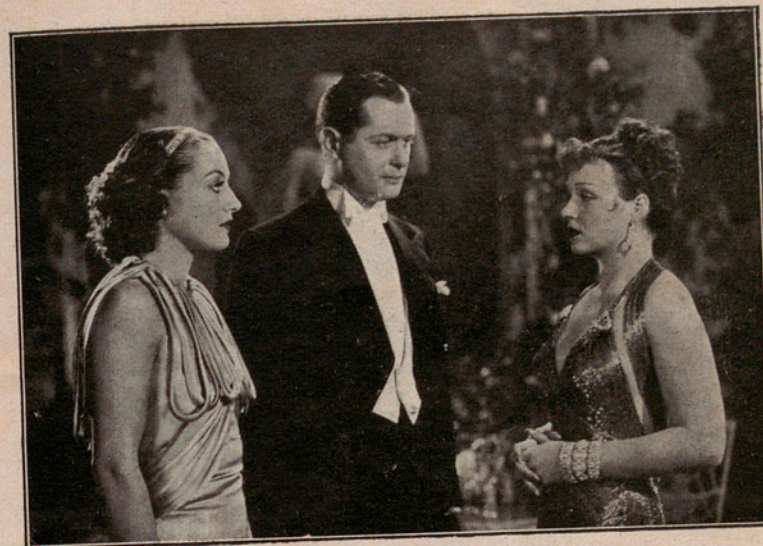
Jeff la tomó en sus brazos.



—Y usted, amigo mío,
¿quiere que le presente?



—Quisiera hablar contigo a solas un momento, Mary.



—No es este el momento de dárselas de ingeniosa. Me cargan las
niñas de buena sociedad...



—¿De dónde salís?
¿Os han dejado escapar
del manicomio?



—¿Eres feliz, chiquilla?
—Intensamente feliz.



—¡Te quiero, te quiero, te quiero!...



—¿Crees que encontrarás algo de comer?



—¿Y yo qué culpa tengo? No hay más que esta lata de sardinas.



—O'vidé... darte las gracias por haber venido...



... dichosos para siempre, como habían soñado en su niñez y como lo habían deseado en su juventud.

C U A N D O E L D I A B L O A S O M A

Dill! Ahora hablarás con ella en seguida.

Jeff pasó el aparato a Mary dándole una mirada de recriminación, y escuchó las palabras de la muchacha.

—¡Hola!... sí, ya estoy preparada... Puedes venir en seguida, no te haré esperar... Está bien... Hasta ahora mismo...

—¿Era eso lo que te impedía salir con nosotros?—le preguntó Jeff mirándola con enojo.

—Sí.

—Mary, no vayas a esa cita...

—¿Por qué no?

—Porque te lo pido yo.

—Se lo he prometido.

—Recuerdo más de una promesa que él no ha sabido cumplir...

—Eres injusto, Jeff.

—Tal vez... Pero es que no quiero que seas injusta contigo misma, Mary... Ten un poco de voluntad. Dill ya no es Dill para ti, sino que es el marido de otra mujer.

—¿Quieres no insistir más sobre eso?... Claro que cometió un error, pero eso le ha hecho desgraciado...

—¡Ah, siendo así!... Supongo que le habrás pedido excusas por no haberle mandado un regalo de boda el día que te dejó plantada

para casarse con esa mala pécora...

—dijo Jeff indignado.

—Jeff, debo advertirte que esto es una de las cosas que a ti no te importan y que son de mi exclusiva incumbencia.

—Tampoco me importa nada que maltraten a un perro y sin embargo lo impido siempre que puedo... Mary, mírame... ¿por qué has de correr detrás de ese hombre cada vez que a él se le antoja llamarte? ¿Por qué te has de rebajar a sus ojos siendo poco menos que su esclava?

—Pero, ¿puedes decirme qué mal cometo saliendo a pasear con un amigo de la infancia?—preguntó Mary, poniéndose nerviosa ante la insistencia de Jeff.

—No es sólo un amigo de la infancia... ¡Es Dill! Y tú sabes bien lo que eso quiere decir. Quiere decir que vas a salir con el hombre que te abandonó el día de tu boda... Quiere decir que vas tras el hombre del que sigues estando locamente enamorada y que vas a estropear tu reputación con una locura que yo debo evitar.

—Mira, Jeff, me fastidia que me hables como a una hermana menor. Tú no te das cuenta de que soy li-

bre y dueña de mis actos y de que, siendo mi voluntad, puedo hacer todo lo que se me antoje. Hasta ahora he seguido las normas de los demás y ya ves el resultado que me han dado... Desde hoy seguiré mis propias normas.

—Hablas como una tonta, Mary.

—¡Mejor!... Los tontos son los únicos que sacan algún partido de la vida. A mí me tiene sin cuidado lo que puedan pensar los demás y que se ponga en tela de juicio mi reputación. Creo proceder bien así y desde este momento seguiré en todo mis inclinaciones.

—Ahora te estás engañando a ti misma, Mary.

—¿Engañando?... ¿Tienes algo

más que decir?... ¿No?... Pues, ¡abur!...

—¡No te irás! — exclamó Jeff, sujetándola fuertemente y pidiendo a Shep que contemplaba mudo aquella escena—: ¡Dame ese cepillo!...

—¡No te atreverás a pegarme! — dijo Mary, forcejeando para desasirse de él.

—Te daré una azotaina como a una niña malcriada... Eso es...

Y poniendo manos a la obra la cogió como a una niña y le dió un buen azote con el cepillo en la parte trasera, mientras Mary gritaba desesperada y Shep se cubría la cara con las manos para no ver aquella escena tan desagradable.

* * *

Jeff conocía poco a las mujeres si pensaba que aquello iba a ser una lección provechosa para Mary. La mujer, cuando tiene una idea, la realiza siempre, aunque para ello tenga que saltar por encima de todas las conveniencias o tenga que

rodear todo el mundo hasta llegar al fin que se ha propuesto. Cuando una mujer dice: "quiero tal cosa" hay que dejarla, porque lo obtendrá pese a quien pese.

Naturalmente, Mary salió con Dill a pesar de las recriminaciones

de Jeff, a pesar del azote, a pesar de todo y de todos. Salió con Dill porque le daba la real gana, sí, señor, y esta era razón bastante para explicar aquella sinrazón. Verdad es que cuando se ama de veras la razón no cuenta para nada.

Iban en el automóvil de Dill, contentos y felices como chiquillos en día de fiesta, cantando alegremente a dúo, olvidados del mundo, olvidados de sus propias penas, olvidados de sus obligaciones. Cantaban con la inconsciencia de la juventud y sentían la alegría ruidosa del que se ve libre después de un largo encierro. Dill sentía la dicha de la libertad al verse lejos de Connie; Mary se sentía libre al no tener a su lado a Jeff que se había constituido en fiscal de todos sus actos, como si tuviera sobre ella algún derecho.

Marcharon por las carreteras amplias, merendaron en un merendero público, embromando al dueño del establecimiento y haciendo Dill sus veces con unas señoras que allí se detuvieron y a las que recomendó los más extraños platos, riéndose de la extrañeza que se pintaba en el rostro de las damas cada vez que les ofrecía una nueva mes-

colanza, mientras el dueño del establecimiento estaba en la cocina preparando los sandwiches que ellos habían encargado.

Luego pasaron en bicicleta por la pradera, haciendo Dill alarde de su equilibrio y logrando asustar de veras a Mary que, sentada sobre el manillar, veía con pánico las maniobras que Dill hacía con la máquina liviana.

—¡Dill, ten cuidado!... ¡Nos vamos a matar!... Dill, ¿te acuerdas de cuando éramos niños y jugábamos también con una bicicleta? Entonces ya eras tan atrevido como ahora... ¡Eh, ten cuidado y mira dónde vas!... ¡Me has asustado!... ¡Dill, Dill, que no quiero morir tan joven! — gritaba Mary con miedo.

—Ahora estás en mi poder y no voy a dejarte tan fácilmente.

—Dill, déjame apear-me.

—No, no te dejo, no te dejo y no te dejo...

Se cayeron los dos al tropezar con una pequeña cerca dentro de la cual había unos gorrinillos comiendo. Se pusieron perdidos, pero se rieron tanto que olvidaron el desperfecto sufrido en los trajes. Luego pagaron la consumición, subie-

ron al automóvil y siguieron carretera adelante.

Mary besó a Dill con cuidado, para no distraer al conductor, pero Dill era un loco y quiso abrazarla. El auto se desvió y, gracias a la pericia de Mary, no fueron a estrellarse contra un árbol.

—¡Fíjate en lo que haces, Dill! —rió Mary, mientras arreglaba el sombrero que se había ladeado con el rápido viraje.

—¿Eres feliz, chiquilla?

—Intensamente feliz... No he podido olvidar nunca aquellas azulinas del día de mi boda...—dijo Mary poniéndose romántica.

Dill, que no sabía a qué se refería, no hizo caso y siguió preguntando:

—¿Sabes dónde estamos?

—Conocería a ciegas todos estos lugares.

—Ya sabía yo que te acordabas bien de ellos...

—No está muy lejos de aquí la casa de Paula, donde yo vine a olvidar... o a recordar mejor... ¡quién sabe!

—¡Ah, sí, la casita que iba a ser nuestro nido en los días de luna de miel!... ¿Quieres que nos paremos a verla?—preguntó Dill miran-

do a Mary con una mirada un poco pícaro.

—No, no, ¿para qué? Hace ya tiempo que está desocupada.

—¿Qué más da? Así estaremos solos, completamente solos... Mary, te amo, te amo con todas mis fuerzas...

Dill abandonó el volante del coche y abrazó tan fuertemente a Mary que ésta no pudo evitar el accidente. Fueron a parar en un lodazal que había junto al camino y salieron de él ennegrecidos y sucios como mineros.

—¿Te has lastimado?

—¡Oh... no sé dónde estoy!... —dijo Mary, fingiendo el despertar de un desmayo.

—¿Estás herida?

—No. Esto era lo único que me faltaba para digerir el bocadillo. Ahora ya puedo comer de nuevo. ¿Contra qué hemos dado?

—Contra un arrecife. Creo que yo me he hecho daño en el pie. ¿Cuál es el camino más corto para llegar?

—¿Para llegar dónde?

—A cualquier parte con tal de que lleguemos. No podemos quedarnos en el campo. Y creo que el coche ha sufrido un accidente grave.

Se trata de un caso de bielatitis aguda... ¡se le han roto las bielas!...

—¿Y eso duele mucho?

—No, pero sangra bastante...

¡Quién tuviera ahora una bicicleta!... ¿Dónde estará el pueblo más próximo?

—No sé... Tengo los ojos grandes y con muy buena vista... pero no vislumbro nada...

—Pues engrasa el motor.

—¿Qué motor?

—El de tus piernas. ¿Cómo estás de piernas?

—Para ir en coche, perfectamente.

—Pues vamos andando... A un sitio u otro llegaremos.

Dill estaba torpe, tenía el pie que le dolía un poco; alguna contusión sufrida; y caminaba con harta dificultad. Por eso tropezó con una enorme piedra colocada en medio del camino y cayó al suelo como un saco. Mary rió.

—Mira, has tropezado con una chinita—le dijo, mostrándole el pedrusco enorme—. ¿Dónde tienes los ojos?

—¿Y tú los tuyos?... Me dices que he tropezado cuando ya me ves en el suelo. Lo correcto hubiera sido avisarme de que iba a tropezar.

—Anda, no te enfades y vámonos. El tiempo amenaza lluvia.

—Ya sólo nos faltaría eso...

—Pues si no quieres mojarte date prisa.

Caminaron de nuevo. Los nubarrones se iban acumulando sobre sus cabezas y pronto se desencadenó un aguacero terrible. Corrieron entonces con las escasas fuerzas que les quedaban y lograron llegar hasta la casita de los colonos de la granja de Paula.

—¡Oh, pero si es miss Clay! —exclamó la mujer al ver llegar a Mary hecha una sopa.

—Sí, soy yo... Quisiera que me diera usted las llaves de casa de Paula. Descansaríamos allá un poco...

—¿Qué han hecho ustedes?

—Ya ve... Caminar, caminar, caminar... Creo que hemos ganado el campeonato de resistencia. Nos tenemos bien ganado un descanso. Dame las llaves.

—Sí, pero... —dijo tímidamente la mujer, sin atreverse a negar lo que le pedían y temiendo la responsabilidad que de ello pudiera llegarle.

—No tema—le dijo Mary—yo cargo con todo. Paula me ha dado

permiso para usar su casa. No tenga miedo de nada...

—Si no nos deja entrar en la casa—intervino Dill que estaba medio muerto—sospecho que me voy a quedar inválido para toda la vida, y usted no podría perdonarse nunca el haber dejado sin auxilio a un muchacho como yo.

—Mira, Dill, mientras esta señora busca las llaves bueno será que llames a tu criado por teléfono y le digas que nos venga a buscar en el otro coche.

—Buena idea... ¿Tienen ustedes teléfono?

—Sí, pase... en la habitación del fondo...

Dill fué a hablar con Johnson, pero le dió órdenes contrarias a las que Mary le había dictado. Le dijo que fuera a buscarles, pero que esperara por lo menos veinticuatro horas. Lo que quería Dill era tiempo para conquistarse a Mary otra vez.

—Oye, Johnson, estoy en un pueblecito llamado Fenicia... Ven a buscarme mañana por la mañana, pero no le digas nada a la señora... ¿Has entendido? Gracias, Johnson, siempre he creído que eras el ayuda de cámara mejor de todo el mundo.

—¿Qué ha dicho Johnson? — le preguntó Mary.

—Que vendrá tan pronto como le sea posible.

—Bueno, pues le esperaremos en casa de Paula. Vamos andando. Gracias por todo, señora; gracias por todo.

—¡Y sigue lloviendo!... ¡Sólo faltaba esto!...

—Pero si andas con esa calma...

—No soy capaz de correr ni por el diluvio universal—dijo Dill al que cada vez le dolía más el pie.

Pero como la lluvia arreciara cada vez más, volvieron a correr y llegaron por fin a la casa de Paula.

—Es pequeña, pero no está mal —dijo Dill sacudiéndose como un perro al salir del baño.

—Quisiera estar en mi casa... ¡tengo frío!... ¿Y tú?

—Estoy temblando como un gato mojado.

—Y lo peor es que no hay luz...

—¿Lo peor?... — preguntó Dill acercándose a Mary y abrazándola sin que ella se resistiera—. ¿Te importa a ti?

—Cuando estoy entre tus brazos me olvido de todo, Dill... Me siento casi segura... Pero tengo frío... ¿Y tú?

—No, ya no...

—Dill, tú vete al comedor y enciende la chimenea. Yo iré arriba a ver si encuentro alguna vela y ropa seca. No podemos seguir así...

—¡Perfecto!... Ropa seca y buen fuego... ¡No se puede pedir más... salvo pedirte a ti que me des otro beso...! ¿Quieres?

—Siempre serás un chiquillo loco.

—¡Mary!...

—¿Qué?

—¡Te quiero, te quiero, te quiero!...

—¡Qué loco eres!... Anda, ve a encender el fuego. ¿Tienes cerillas?

—No; pero yo enciendo el fuego frotándome la cabeza contra un ladrillo...

Mary subió a las habitaciones superiores mientras Dill se quedaba en el comedor tratando de encender el fuego, tarea harto difícil, pero que consiguió al fin de muchos trabajos. Cuando Mary bajó con un fardo de ropa al brazo, ya en la chimenea ardía el fuego.

—¡Ah, qué calorcito tan agradable!—dijo Mary dando vueltas ante el fuego—. Estoy de acuerdo con los que dicen que el fuego es don

divino... sobre todo cuando se tiene frío.

—Es que yo sé encender bien una hoguera... modestia aparte nadie sabe hacerlo tan bien como yo. ¡Fíjate qué lumbre tan hermosa!... Pero te vas a quemar... ¿o es que te gusta la carne bien asada? — preguntó, viendo como Mary seguía dando vueltas ante el fuego para calentar sus miembros ateridos por la lluvia y el frío.

—Oye, Dill, vete a la cocina mientras yo cambio de traje.

—No quiero irme a la cocina... ¿Por qué me destierras a la cocina donde debe haber por lo menos dos metros de nieve?

—Los esquimales están durante seis meses del año metidos entre nieve y no se quejan y tú por seis minutos ya pones el grito en el cielo... Te he dicho que te marches.

—Y si te enseño el medio de conservar el pudor y el calor, ¿me permitirás que me quede aquí?

—Si el medio me convence, sí.

Dill tomó un biombo y lo colocó ante Mary. El biombo era de madera repujada y servía muy bien para evitar miradas indiscretas.

—¡Ea, ya está!... — dijo Dill después que lo hubo colocado—.

Este será el departamento para los niños y éste para las niñas. Ha sido una buena idea, ¿eh? — preguntó asomando la cabeza por encima del biombo.

Mary le dió un formidable empujón.

—¡Atrevido!... O te estás quieto y sentado... o te mando a la cocina...

—No, no, me he sentado en un sillón y te prometo no moverme de él hasta que tú me des permiso. Mary...

—¿Qué?

—¿Qué hay del otro lado del biombo?

—Yo.

—Sí, eso ya lo sé; pero yo te pregunto qué es lo que hay dibujado en el otro lado del biombo.

—¡Ah!... Una niña, una chinita muy linda.

—Pues de este lado hay dragones y tengo miedo...

—Si no eres un niño bueno los dragones se te comerán — bromeó Mary.

—Oye, Mary, ¿sabes qué estaba pensando?

—¿Qué?

—Que la lluvia no es nada molesta cuando se está bajo techado.

—Mira, Dill, creo que tienes una inteligencia demasiado precoz para tu edad.

—¡Ea! ¿no has acabado aún?

—Sí, ya puedes quitar de en medio ese biombo. Ya estoy vestida — dijo Mary presentándose a Dill en toda la belleza deslumbrante de su juventud.

Dill la contempló en silencio, recogió el biombo, se acercó a ella y le dijo:

—Mary, esto es la realización de una de mis mayores ambiciones...

—¿Cuál?

—Pues... esto... Tú y yo.. una casa, un hogar... Claro que no es el nuestro... pero podemos pensar que bien pudiera serlo... Este cuadro me es muy familiar, porque lo he visto muchas, muchas veces en mis sueños...

—¿En tus sueños, Dill? — preguntó Mary, arrullada por la música de aquellas palabras.

—Sí...

—También yo he soñado muchas veces en esto... también yo he soñado en nuestra casa, en nuestro hogar, en nuestra felicidad... Desde niños hemos tenido los mismos sueños... Primero fuimos muñecos de un mismo bazar... luego yo fui prin-

cesa y tú príncipe de un viejo palacio encantado... luego... Luego pudimos realizar nuestra felicidad si no se hubiera interpuesto entre nosotros el destino...

—¿Para qué pensar en ello si ahora estamos juntos?

—Es verdad... Estamos juntos... Así quisiera yo poder permanecer siempre... junto a ti, sin tener que dejarte nunca, nunca...

—¡Gocemos ahora de la realidad...! Ahora estamos juntos... ¡No pensemos más que en nuestra dicha presente!

—Pero, Johnson ya no puede tardar—murmuró Mary.

—¿Johnson?—preguntó Dill sobresaltado.

—Sí, le avisaste hace ya tiempo...

—¡Ah, sí, sí, sí!... Lo había olvidado... Oye, Mary, Johnson... Johnson no vendrá hasta mañana—dijo Dill mirando a Mary, temeroso de que su furia estallase.

—¿Has sido tú el que le ha ordenado que viniera mañana?

—Sí, yo.

—Ha sido una estupidez — dijo Mary, poniéndose en pie sumamente contrariada.

—Sí, ya lo sé... Pero puesto que

ya está cometida, perdónamela.

—Bill, ¿por qué has hecho eso?... Has estropeado toda la belleza de este paseo que hubiera sido uno de los mejores recuerdos de mi vida... Acaso la culpa ha sido mía... No debía haber aceptado tu invitación. Hubiera sido mucho mejor no volver a verte, Dill...

—Mary, no te pongas triste.

—Tú no tenías derecho a hacer eso, Dill... Bueno es salir a pasear con un amigo, pero pasar la noche con él en una casa perdida en medio del campo... ¡eso es demasiado!... Dill, no debiste hacer eso...

—Ya lo sé, Mary, ya lo sé... He sido un tonto, un estúpido, un loco... como siempre... he sido un canalla, si quieres... Hace tiempo que no sé hacer más que cosas mal hechas... Lo único que puedo hacer, Mary, es salir a dormir ahí fuera, si tú lo mandas.

—¡Bah... eso sería una nueva tontería!... Ya nada me importa si tú me quieres... A lo mejor hay duendes en esta casa y no estamos tan solos como creemos... Quizá alguno de los esposos de Paula venga a visitarnos esta noche.

—¿Entonces, no te importa que me quede?

—Mira, cambiemos de tema y vamos a ver si hay algo de comer. Mientras yo registro la cocina echa más leña a la lumbre. Ya apenas calienta.

—¿Crees que encontrarás algo de comer? La comida es... ¡achís!... Creo que me he enfriado...

—Toma, ponte esta ropa seca. Es un vestido de Paula, pero no importa, a lo menos estará más confortable que el tuyo.

Mary registró todos los rincones de la cocina y logró encontrar únicamente una lata de sardinas. Cuando Dill se presentó a ella vestido con un traje de *soirée* de Paula no pudo reprimir una carcajada.

—Estás guapísimo—le dijo.

—Eso no importa... ¿Has encontrado algo para comer? ¡Tengo un hambre!... ¿Has encontrado solomillo? ¿Jamón? ¿Salchichas? No comprendo por qué aún no se huele a carne frita...

—Lo comprenderás fácilmente... Todo lo que he encontrado ha sido una lata de sardinas.

—Odio las sardinas. Si no me ofreces otra cosa...

—Sardinas, sardinas y sardinas... es cuanto hay.

—Creo que no me has entendi-

do... ¡No quiero sardinas!...

—Pues no comas. Yo no puedo ofrecerte otra cosa.

—Pero nena, sé razonable... ¿Para eso me he vestido yo en traje de gala?

—¿Y yo qué culpa tengo? No hay más que esta lata de sardinas...

—¡Ah, entonces te diré que las sardinas son el manjar más exquisito y el que yo prefiero. Vamos a ver si yo puedo abrir la lata. Huele a gloria. ¡Qué manjar!... Mary, tú también eres un manjar exquisito... Dame un beso.

—Anda, anda, abre la lata... El que mucho habla no puede abrir latas... Duro a ella...

Dill hizo esfuerzos inimaginables para vencer la resistencia de aquella latita que parecía cosa frágil y que se oponía a todos sus esfuerzos. Por fin logró abrirla, pero la mitad de las sardinas se derramó por el suelo.

—Se huele a humo—dijo Mary, olfateando como un sabueso.

—¿A humo?... ¡No!... ¿De dónde iba a salir?

—No sé, pero se huele a humo... y viene del comedor.

—¿Tú crees que el fuego puede producir humo?...

—Creo más; creo que es el fuego el que produce siempre el humo... Vamos a ver lo que pasa.

Corrieron al comedor que estaba lleno de una densa nube de humo. Mary se asustó. Dill corrió desatinadamente de un lado para otro sin acertar a hacer nada a derechas. En la chimenea ardía algo que producía un humo espeso y asfixiante.

—¿Qué es eso? ¡Dill, por Dios! ¡Saca pronto eso del fuego!

—Pero si no es nada... Es una rueca vieja que he encontrado en un rincón...

—¡Qué horror!... Es la rueca de Paula, un recuerdo de familia que ella tenía en mucha estima.

—Si no vale nada...

—¡Que no vale nada! Estoy segura de que hubiera preferido abrazarse ella viva que perder su querida rueca.

—¿Pues qué iba a hacer yo? No hay leña en toda la casa.

Mary miró a su amigo con los ojos muy serios y corrió hasta el

arcón en donde guardaba Paula los tarugos para el fuego.

—Mira, mira aquí... ¿qué es esto? ¿Son flores, acaso?

—Yo no sabía que las guardaba en un sitio tan bonito...

—¡Y has quemado la rueca antigua de Paula!...

—No te apures, nena, yo le compraré otra nueva que será más bonita... ¡Eh... oh... ah...! ¡Me quemé!... ¡Me quemé!—gritó desesperadamente Dill.

En efecto, el fuego había prendido en los volantes de la falda de su vestido de noche y era todo él una llama. Mary procuró apagar aquel fuego ahogándolo con cuanto encontró a mano.

—¡Que me quemé!... ¡Que me quemé! —gritaba Dill.

—Bueno, bueno, estate quieto, porque si te mueves el fuego prenderá más...

Así logró apagar el fuego, pero ya Dill había sufrido quemaduras en todo su cuerpo, principalmente en los pies y en las manos.

* * *

Paula había llamado por teléfono a Jeff, después de haber recibido ella misma un mensaje telefónico.

—Jeff, te necesito—le dijo a través del hilo.

—¿Para qué?

—Ya te lo he contado.

—Bueno, pues no iré... No puedo ir siempre detrás de ellos como si fuera una nodriza.

—Sí, querido, tienes que hacerlo... Es preciso salvar a Mary... Me ha llamado por teléfono mi agente y desde luego no me gusta nada de todo eso... ¿Jeff, no querrás venir conmigo?

—No, no y no; no iré, está decidido.

—Pero Mary te necesita, Jeff.

—Mary no necesita andadores. Puede pasarse sin mí perfectamente, ¿te has enterado? Hace demasiado tiempo que hago de carabina de esa niña caprichosa y estoy harto, ¿oyes? ¡harto!...

—Pero Jeff, acuérdate de Con-

nie... Si ella lo averigua habrá un escándalo formidable; se publicará la noticia en la primera página de los periódicos: todo Nueva York lo sabrá. Tú conoces a Connie y sabes de lo que es capaz.

—Mejor... Tal vez así Mary se dé cuenta de su estupidez... No, Paula, no iré. Y en cuanto pueda arreglar mis asuntos me marchó otra vez a España en donde uno puede vivir tranquilo, gozando de su quietud y sin mujeres que sean tan locas y tan casquivanas como esa chiquilla.

A pesar de todas sus protestas Jeff fué con Paula y se llevó a su inseparable Shep, por si acaso precisaba un refuerzo en la defensa. Iban los tres en el automóvil silenciosos y preocupados, cuando Shep se puso a cantar para ver si despejaba la atmósfera.

—¡Cállate!—dijo Jeff.

—Canto solo.

—No creo que sea hora de canciones. ¡Dios sabe lo que habrá ocu-

rrido!... ¡Y en mi propia casa!

—Ya vamos llegando... ¿Qué habrá pasado?

—¡Quién sabe!—suspiró Paula con suspiro melodramático.

El automóvil se detuvo ante la puerta de la casa de campo y Shep se quedó en él diciendo:

—Yo permanezco aquí por si escapan por la ventana esos dos tortolitos.

—Nosotros penetraremos en ese nido de amor—murmuró Jeff mascando las palabras.

—Jeff... prudencia, que te puede oír el chofer.

—¿Tienes las llaves?

—Sí, pero creo que sería mejor llamar primero a la puerta... no vayamos a encontrar...

—Yo creo que el mejor procedimiento es echar la puerta abajo.

—Jeff, desde que hemos salido de casa estás de un genio inaguantable y tienes un humor de perro rabioso... Creo que ya es hora de que cambies.

—Todavía no he empezado.

—Entonces estorbas aquí y siento mucho que hayas venido.

—Tú te empeñaste en traerme. Yo no fuí el que quiso venir.

—Me empuñé en que vinieras

como amigo de Mary, casi un hermano para ella, podría decirse... En una circunstancia como esta nadie mejor que tú podía venir. Era tu deber.

—Pues aquí estoy... Pero soy muy dueño de tener el humor que se me antoje.

Entraron en la casa. Paula subió corriendo a las habitaciones y encontró a Mary que se disponía a salir.

—¡Mary!—exclamó abrazándola como si encontrara a una desaparecida—. ¿Qué ha pasado?

—Y tú, ¿cómo has sabido que estábamos aquí?

—Me han avisado por teléfono los colonos. Les pareció bastante extraño todo lo que les contasteis... Claro que yo he disipado sus sospechas, porque no me gusta que puedan decir... Pero Mary, ¿cómo has hecho esto?

—¿Es que vas a dar crédito a las murmuraciones de esa vieja que te ha puesto sobre aviso?... ¿También tú has venido?—preguntó Mary dirigiéndose a Jeff con mal talante.

—Yo... yo ya sé que no hago falta aquí... yo no quería venir, Mary, pero...

—¿Por qué has venido?

—Porque... porque era preciso, según veo, que alguien te advirtiera que Dill tiene una esposa cuyo nombre es Connie... que al enterarse de esto se complacería mucho en publicarlo a los cuatro vientos...

—Bien, que lo haga si se atreve... Es una cosa que sólo a mí puede importarme. ¿Para qué has de meterte siempre en lo que no te importa? Yo soy...

—Una niña idiota... eso es lo que eres tú. Una niña mimada que necesita unos azotes de vez en cuando...

—Con el cepillo, que es tu especialidad. Ya los conozco. Gracias...

—Veo que no se te ha olvidado.

—Bueno, esta discusión es inútil y bochornosa. Estáis gritando como una caterva de marineros. Deben oírlos desde el pueblo... Mary, vas a llamar a Dill, o voy a llamarlo yo —dijo Paula, impacientándose.

—Dill está durmiendo en el comedor. Toma, llévale su ropa que ya está seca... —dijo Mary, entregándosela a Jeff.

—Con mucho gusto.

—No le maltrates, Jeff, acuérdate de que eres un hombre educa-

do... Mary y yo te esperaremos en el coche.

—No, no os preocupéis por mí... El auto de Dill va a llegar en seguida...

Jeff dejó a las dos mujeres y entró en el comedor. Dill estaba tendido en un sofá, envuelto en aquel traje estrafalario y dejando asomar bajo él sus piernas todas vendadas. Vendadas llevaba también las manos y brazos. ¿Qué le había pasado a aquel hombre? Jeff le despertó no con mucha suavidad.

—¡Eh, tú, levanta, que es tarde! —le dijo.

—¡Oh, Johnson, no me despiertes!... Vete, vete y déjame en paz, si no te pondré de patitas en la calle.

—Despiértate del todo, que no soy Johnson...

—¡Ah, eres Jeff!... ¿Y a qué has venido...? ¡Ay, ay, ay!... Todo me duele... No me toques, por favor, que estoy en carne viva. ¡Qué martirio!... ¡Oh, Jeff, me alegro de que hayas venido!... ¿No has traído a algún médico?

—¿Médico? ¿Por qué?

—Porque me encuentro muy mal, muy mal... ¡Oooh!... Me que-

mé. Tengo todo el cuerpo en carne viva, todo... ¿quieres verlo?

—¡No, no! Ya lo he visto y más bien parece carne picada.

—Ya me daría por satisfecho si hubiese sido sólo esto... Pero todo lo demás me tiene preocupado. Y de todo tiene la culpa una biela que se ha roto. Tuvimos que bajar del auto y caminar horas y horas, kilómetros y kilómetros... y se puso a llover y yo me caí no sé cuántas veces. ¡Qué maravilla! ¿Has corrido tú kilómetros y kilómetros bajo la lluvia? ¡Uf! ¡Encantador! Y he pillado un resfriado y me he abrazado la carne. ¿Qué más quieres? Me ha pasado todo lo malo que puede pasar: me quemé, me he caído, me he resfriado... ¡Achís! ¡Y a eso le llamaba una noche de amor!

—Bueno, ¿y Mary? ¿Qué has hecho de Mary?

—¿De quién? ¡Ah, sí, Mary! ¡Mary está bien! Se fué arriba a dormir. Ella no se quemó ni se ha caído. Dondequiera que haya dormido estoy seguro de que ha pasado mucho mejor noche que yo.

Jeff se echó a reír. Todo aquel cuento le hacía muchísima gracia. Y le hacía gracia porque a Mary

no le había ocurrido... lo que él imaginaba que le había ocurrido. Jeff bendecía a la lluvia y al fuego... los dos elementos tenían mucha parte en la suerte de Mary. Jeff bendecía todo aquello que a Dill le causaba rabia y sufrimiento. Por eso reía, reía, reía, con grandes carcajadas de júbilo.

—No le veo la gracia para que te rías de ese modo—dijo Dill molesto por la risa de su amigo.

—Ni lo ves ni lo verás nunca... ¡Pero yo encuentro todo esto muy gracioso, muy gracioso! Anda, vístete, si puedes y deja de ir hecho un mamarracho. Yo te espero fuera.

Jeff salió e iba a reunirse con sus amigos en el coche que esperaba fuera cuando entró Mary precipitadamente.

—¡Ah, Mary! ¿Has olvidado algo?

—Sí, sí... algo olvidé—balbuceó ella.

—Pues se está vistiendo —dijo Jeff señalando al comedor.

—No es eso lo que olvidé, Jeff —dijo ella bajando los ojos avergonzada.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿qué es?

—Olvidé... darte las gracias por haber venido.

—Creí que no te había hecho gracia verme aquí. Además ya te he dicho que es Paula la que me ha traído.

—Ya lo sé... Pero de todos modos has venido y has venido porque estabas con angustia por mí.

—¿Angustia yo? No, no soy tu padre, ni tu hermana, ni casi tu amigo. Además tienes lo que querías. Eres mayor de edad y puedes obrar como se te antoje. Tienes a Dill...

—No era eso lo que yo quería.

—¿Que no quieres tú a Dill?... Mary, no te entiendo.

—Sí, sí, le quiero... pero no le quiero de ese modo... ya tú me comprendes. Ayer cuando acepté su invitación, creí que podría saltar por encima de todas las conveniencias sociales. Hoy me he convencido de que es inútil, de que cuando se es honrado de veras cuesta mucho dejar de serlo. Cuando me vi aquí, a solas con él, pude ver las cosas con mucha más claridad. Ayer estaba equivocada, Jeff... Es hoy que puedo reflexionar con tranquila calma, que veo todo lo malo que iba a hacer. No sirvo para saltar por enci-

ma de las conveniencias sociales. No sirvo.

—Bueno, pues esto ya es algo... Tal vez te convendría aún otra azotaina.

—No necesito para nada tu ayuda. Yo resolveré por mí misma esta situación.

—Está bien, es tu problema, arréglate como puedas. Resuélvelo tú misma. Yo no volveré a ayudarte. Es la última vez que intento sacarte de un apuro.

—Mejor.

—¡Está bien! ¿Has oído?... Un auto se ha parado a la puerta de la casa—dijo Jeff atisbando por entre las cortinillas y exclamando—: ¡Dios santo, es Connie!

—¡Oh, Jeff, Jeff! ¿Qué hacemos?

—Debería dejarte y que resolvieras tú sola este problema; pero, ven, ten valor, yo voy a salvarte. Prepárate para recibir el golpe.

—¿Sabrá que estamos aquí?

—¿Y para qué crees tú que ha venido? Esta no es su casa. Toma fuerzas y prepárate para el encuentro—dijo Jeff tomando a Mary del brazo y abriendo la puerta decididamente.

Salieron y se encaminaron a su auto, mientras la Connie se quedaba plantada en mitad del camino mirándoles con asombro.

—¿Apagaste la luz, nenita? —preguntó Jeff sin soltar del brazo a Mary.

—Sí, mi vida... y eché también al gato.

—Has hecho bien... ¡Oh, señora Todd, cuánto me alegro de verla aquí! ¡No esperaba encontrarla!... Pero, ¿dónde se mete Dill que no se le ve en parte alguna?

—No me venga a mí con cuentos —contestó de mal talante la Connie.

—No son cuentos.. Le preguntaba por interés. Soy un buen amigo de Dill.

—Bueno, pues entonces soy yo la que pregunta: ¿dónde está Dill?

—¿Lo ha perdido usted? ¿Qué llevaba puesto cuando desapareció?

—¡Una soga al cuello para ahorcarle a usted si le encontraba en el camino!

—Bendigo a Dios que no me ha puesto ante él. Oiga, oiga, Connie, no vaya a esa casa. Dill no está ahí. ¿Qué quiere que haga Dill ahí dentro? ¿No comprende que hubiera

tenido tiempo de sobra para marcharse?

—Tengo pruebas de que Dill está ahí. El mayordomo me lo ha dicho. El mismo le habló por teléfono y le dió esta dirección.

—Pues aquí nadie le ha visto.

—¿No? Yo quiero ver si le encuentro metido en la carbonera.

—Vamos, Connie, lo mejor será que regrese con nosotros a la ciudad. ¿No le parece? —dijo Jeff queriendo amansar a aquella fiera.

En aquel instante se le ocurrió a Dill presentarse, renqueando y estornudando tan estrepitosamente que hizo volver la cabeza a todos.

—¡Oh, Dill!—gritó Connie mordiendo las palabras.

Dill se quedó helado. Miró a todos con mirada de estúpido y se rió, creyendo que era lo más sensato que podía hacer.

—¡Hola, Connie! ¿Tú también has venido? Es una cosa muy divertida, muy divertida... Está bien, Connie, está bien... ¡Ya nos has pillado!... Y me encuentras lleno de quemaduras...

—¡Ah!, ¿tú estás quemado? —preguntó en tono amenazante Connie.

—Sí, quemado...

—Pues mira, me parece que ella está más quemada que tú—le dijo Jeff, por lo bajo, previniéndole de la ira de su mujer.

—Jeff, basta de bromas—intervino Mary—. Lo siento mucho, señora Todd.

—Pues lo sentirá usted muchísimo más, porque esto no puede quedar así.

—Yo le explicaré...

—No, la que lo explicará seré yo en la primera plana de todos los periódicos más importantes.

—¡Oh, no, querida! — suplicó Paula que hasta entonces había permanecido callada aunque tenía muchas ganas de hablar.

—¡Oh, querida, sí! — contestó Connie poniendo los brazos en jarra y desafiándolos a todos—. Lo publicaré a los cuatro vientos, para que todo el mundo se entere.

—Bueno, basta de discusión... Shep, tú vete con Mary y Paula al otro coche. Connie querrá llevarnos a Dill y a mí en el suyo. Tenemos que aclarar este asunto.

—Trabajo les va a costar.

—No lo crea, somos los mejores aclaradores del mundo. Ya verá usted. Vamos.

Dill subió al coche empujado por

Jeff y dando alaridos de dolor.

—¡Ooooh!... ¡Ay!... ¡Uf!... Ten cuidado, hombre, ten cuidado.

—Ya voy con cuidado y no es para tanto.

—Estoy en carne viva.

—Ya me lo has dicho veinte veces. Vamos.

Antes de que Jeff subiera al auto, Mary le llamó un momento a aparte.

—Jeff, quiero darte las gracias.

—¿Qué? ¡Ah, sí, sí, bueno, de nada! — replicó él esquivando la conversación y subió al automóvil en donde encontró a Shep muy bien instalado.

—¿Qué haces ahí? — le preguntó.

—¿Qué es lo que crees?

—Que te has equivocado de coche.

—No, estoy seguro de que he tomado el que quería. Este será mucho más divertido.

Marcharon en silencio a través de la carretera, bordeando los campos. Shep iba al lado de Dill y de Connie. Dill se quejaba a cada rato de sus quemaduras.

—¿Quieres encogerte un poco, Shep? Estoy tostado de este lado...

—Pues tuéstate del otro. Yo ten-

go un tostador eléctrico que hace esto con el pan. Muy ingenioso.

—Ya me cuidaré de tostarle yo a palizas en cuanto lleguemos a casa—dijo Connie con furia.

—¡Oh, mira, mira, Jeff, qué buey!

—Sí, es un buey, un buey muy grande.

—¿Qué raro, verdad?

—Muy raro, pero calla, que hemos de hablar con la señora Todd. Ya ve usted, querida Connie, que está usted entre amigos.

—Tan amigos como panteras en jaula—comentó Dill.

—Opino lo mismo siempre que se me cuente por dos panteras—añadió Connie.

—Bueno, Connie, no hemos venido a reñir.

—Ustedes quizás no, pero yo, sí. ¿A qué otra cosa podía haber venido? A mí no hay quién me robe nada impunemente. ¿Por quién me toman?

—Ya que lo pregunta—empezó a decir Shep, pero Jeff le dió un codazo y le dijo:

—Tú te callas.

—Bueno, me callo.

—Connie, yo comprendo fácilmente su estado de nervios. Las co-

sas parecen una cosa y son otra, pero a los nervios no se les puede dominar. Yo creo que todo esto tiene fácil arreglo. Todos somos mayorcitos, aunque hay veces que Dill hace las tonterías propias de un niño de cinco o seis años...

—Y tú, ¿qué tal? — preguntó Dill ofendido.

—Muy bien, gracias — replicó Jeff sin hacerle caso.

—Yo también—dijo Shep que no podía estar callado más de dos minutos—. ¿Y usted, Connie?

—A mí me duele el cuello... pero si piensan ustedes que me la van a dar con queso, se equivocan. Esos dos me las van a pagar muy caro.

—Muy bien, Connie, creo que tiene razón. El caso es que paguen y Dill está dispuesto a pagar todo lo que usted pida.

—¿Usted quiere decir con lo que ha dicho que Dill...?

—Eso mismo. Dill sufriría si no pudiera pagarle a usted, de hoy en adelante, todo cuanto le haga falta.

—Creo que nos comprendemos, Jeff—dijo Connie sonriendo.

—Gracias—contestó Jeff.

—Yo no entiendo una palabra—comentó Shep.

—¡Y yo lo entiendo demasiado bien!—suspiró Dill dando un nuevo quejido, porque Shep se había apoyado en su hombro.

* * *

Han pasado algunas semanas. Mary, tendida sobre la cama de masaje, deja que Bella le dé en el cuerpo el vapuleo diario que la mantiene en equilibrio y que hace que su cuerpo se mantenga esbelto y ágil. La mujer trabaja seriamente, poniendo en el trabajo su fuerza y su arte, pero a Mary le parece poco todo aquello.

—Más fuerte, Bella, más fuerte, que no lo siento.

—¿Más fuerte? Pues, hija, empleo la misma fuerza que si estuviera aserrando.

—Pues yo sigo sin sentirlo.

—¡Hija, bonito estado para casarte mañana! — murmuró Bella con mala intención.

—¡Oh, Mary, Mary!... Todo el mundo anda de cabeza por tu boda

y tú estás ahí, tan tranquila, como si no fuera contigo la cosa—dijo Paula entrando como un torbellino en la habitación—. No piensas más que en el masaje. ¡Y yo tengo que hacerlo todo como si fuera la novia! Ya todo está arreglado. ¡Si vieras cómo se alegró de verme el cura!

—Claro, no me extraña, porque eso de casarme a mí es ya cosa habitual en él.

—¿Y cuántas veces hay que casarse para que prenda el matrimonio?—preguntó Bella.

—Dicen que a la tercera va la vencida.

—¡Esta vez no puede salir mal, Mary! ¡Todo está arreglado para que salga bien! Dill ha conseguido el divorcio. Connie está fuera de

Nueva York... Nada ocurrirá que venga a entorpecer tu boda como la otra vez.

—¿Y Jeff? ¿Aun no sabéis nada de él?

—No, nada se sabe aún.

* * *

Jeff se disponía a embarcarse de nuevo para España. Había quedado decepcionado y aburrido de su país en donde pasaban cosas tan extraordinarias. Quería olvidar y para olvidar lo que le parecía mejor era huir. Su amigo Shep le acompañó hasta el vapor; pero faltaba aún una hora para que el barco partiera y Jeff quiso ir a despedirse de Mary.

—Quiero ir a felicitar a Mary por su boda—le dijo a Shep.

—Estás loco.

—Bueno, pero quiero ir.

—Harás lo que mejor te plazca, pero yo te aseguro que estás loco de remate.

—Cabal, yo soy así, siempre he sido un poquito loco. Pero vamos a casa de Mary.

Jeff quería ver una vez más, antes de aquella boda que él creía disparatada, pero que aceptaba al pensar que era el ideal soñado por Mary durante toda su vida, a la que él seguía amando con todo su corazón. No podía Jeff apartar del pensamiento a la que fué compañera de sus juegos infantiles y a la que, más tarde, se hizo dueña de su alma, tomándosela por entero.

Mary había sido incapaz de apreciar la grandeza de aquel amor que Jeff hubiera podido ofrecerle y se dejaba cegar por la luz de fuego fatuo del cariño que Dill le brindaba, cariño que no podía tener solidez ni consistencia, porque Dill había sido siempre un chiquillo malcriado y caprichoso.

Pero la vida solía tener frecuen-

temente estos rudos contrastes y Jeff lo aceptaba como una cosa inevitable del destino. Sólo que, después de haberse propuesto partir para España sin volver a ver de nuevo a Mary, había sentido, en el momento preciso de la partida, el ansia de verla otra vez y de decirla adiós en el día mismo de su boda.

Shep le siguió a regañadientes. Estaba convencido de que aquello era una locura más de Jeff y hubiera preferido verle ya zarpar del puerto y lejos de todo cuanto le había hecho sufrir.

Jeff corrió a casa de Mary y entró como una tromba, arrollándolo todo. Abrazó al portero preguntándole con mucho interés por su reuma; abrazó a cuantos le salían al paso, admirados de verle allí después de haberse pasado semanas y semanas enteras sin saber nada de él; abrazó a Leonor y abrazó a Paula, que dió grandes muestras de júbilo, y hubiera abrazado hasta a las paredes si no hubiera sido por temor de que le detuvieran y le pusieran una camisa de fuerza.

—Te digo que estás loco y que estás loco de remate—le iba repitiendo Shep al verle en aquella sobreexcitación de mal agüero.

—¿Sí? Pues me alegro, Shep. El estado más perfecto del hombre es la locura.

—Eres como esos que cuando tienen dolor de cabeza se la golpean contra la pared para asegurarse de que les sigue doliendo.

—¡Qué gracioso eres, Shep! Pues yo te puedo asegurar que tú no harías lo mismo, porque con lo dura que la tienes serías capaz de derribar la casa antes de darte cuenta de si te dolía o no.

—¿Quieres creerme a mí?

—No.

—Haces mal.

—¿Por qué?

—Porque iba a darte un buen consejo.

—Bueno, dalo; pero yo me reservo la libertad de seguirlo o de hacer lo que me dé la gana si tu consejo no me parece bueno.

—Oye, Jeff, no te empeñes en ver a Mary de nuevo. Vente conmigo.

—¿Dónde quieres llevarme?

—Jeff, antes de que el vapor zarpe tenemos tiempo sobrado para ir a beber y podemos beber tanto como para secar el puerto. Ya sabes tú que la bebida es lo único que hace olvidar.

—Sí, pero no quiero marearme antes de subir al barco. Sería ridículo. Tu consejo no me conviene. ¿Dónde está Mary?

—No lo sé, ni ganas...

—Yo sí tengo ganas de saberlo. ¿Dónde está Mary?

—Búscala si quieres. Yo no te he de ayudar.

—Eres un testarudo y un mal amigo.

—¡Mal amigo! ¡Mal amigo y por ti he pasado yo más penas que por todo el resto de la humanidad junta! ¡Ya no me quedaba nada más que oír!

—Bueno, sigue lamentándote en tanto yo busco a Mary. No puede haber desaparecido de su casa el día de su boda.

—¡Quién sabe! ¡Bien desapareció Dill la otra vez cuando quisieron casarse!

Jeff ya no hizo caso a las lamentaciones de Shep ni a todos sus malos augurios. Corrió por los salones en busca de Mary y volvió a encontrarse con Leonor que le tomó por el brazo y le detuvo.

—¿Pero qué ha sido de tu vida, Jeff?—le preguntó.

—¡Oh, pues ya ves! ¡He andado por ahí!

—Bonita explicación. Prefiero que no me digas por dónde has andado.

—¿Tan malo me crees?

—Peor.

—Gracias por el piropo; pero te aseguro que no he hecho nada malo.

—¿Y ahora, qué piensas hacer?

—Dentro de una hora me marcho a España.

—¿A España?

—A España, sí, ¿qué tiene eso de extraño?

—Creo que en lugar de irte a España te vas a ir derecho al manicomio.

—¿Tú también crees que estoy loco?

—No lo estás, pero haces locuras, lo que viene a ser poco más o menos lo mismo.

—No, no, hay mucha diferencia. Un loco es un loco... y uno que hace locuras puede estar muy cuerdo y hacerlas por el gusto de hacerlas.

—¡Mal gusto! Bueno, dime dónde has estado escondido.

—Ya te he dicho que por ahí.

—Te hemos estado buscando por todas partes.

—¿A mí?

—Sí.

—Pues no soy grano de anís para que no dierais conmigo.

—Mary quería verte.

—¿Mary? ¿Y qué quería Mary de mí?

—Participarte su boda.

—Ya sé que se casa.

—¿Y sabes que se casa... con Dill?

—Eso me han dicho.

—¿Y tú qué dices a eso?

—Que Mary es ya mayorcita para saber lo que se hace y lo que le conviene.

—Jeff, has hecho mal en no venir más pronto. Mary está muy resentida contigo.

—¿Es ella la que está resentida? Pues yo creía que el que tenía motivos de resentimiento era yo.

—No, Jeff, Mary te necesitaba a su lado. Tú la hubieras aconsejado bien.

—¿Yo? ¡Vamos, tiene gracia el asunto! Cuando le daba consejos se reía de mí y me decía que no quería que la tratara como a una hermana menor. Y ahora que me callo y que la dejo que cometa todos los disparates que se le antojen, ahora está resentida porque no le doy con-

sejos. ¡Oh, las mujeres, las mujeres!

Jeff se apartó de Leonor y siguió por los salones en busca de Mary, pero se dió de manos a boca con Dill que, como siempre, estaba con su expresión de hombre feliz para el que la vida no ofrece más preocupaciones que la buena comida, el buen vino y las mujeres bonitas.

—¡Hola, Jeff! Mira, he aprendido a imitar con la cocktelera la trepidación de un Ford. Es cosa muy difícil, pero ya soy maestro en ello —dijo, mientras agitaba la cocktelera con toda su afición.

Jeff le miró con mirada de desprecio. Aquel ente sin sentido le disgustaba. No es que tuviera celos de él. Jeff era incapaz de sentir tan baja pasión. Pero le daba rabia que un hombre sin alma se llevara a aquella mujer a la que él hubiera sabido despertar del letargo en que la tenía sumida la vida de frivolidad y de locura que la rodeaba de continuo.

—Magnífica fiesta — murmuró Jeff queriendo llevar la conversación a otro terreno.

—¡Oh, no lo creas! ¡Tan aburrida como todas! Y tú, ¿dónde has

estado? ¿Te marchaste de Nueva York?

—Sí, he estado fuera una temporada, con Shep, como siempre.

—Bueno, hombre, bueno. ¿Qué me dices del trepidar del Ford?... ¿Está bien imitado?

—Campeón, chico—replicó Jeff con disgusto—. Y hoy es tu boda, ¿no?

—Sí, éste es el motivo de la fiesta.

—¿Y Mary, está aquí?

—Aquí debiera estar, pero no sé por dónde anda.

—¡Ah, sí, ahí está! — exclamó Jeff descubriendo a Mary entre todos los invitados.

Se acercó a ella corriendo y la llamó por su nombre.

—¡Mary, Mary!

—¡Oh, Jeff! — replicó Mary abrazándole con aquella cordial camaradería con que trataba siempre a su amigo de la infancia—. Sabía que vendrías.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque lo deseaba — replicó ella bajando los ojos para ocultar una emoción honda que le subía a las pupilas a presencia de Jeff—. Quería que estuvieras aquí, que pudieras presenciar mi boda, que fue-

ras testigo de mi felicidad. Sé que siempre me has apreciado, Jeff, y sé también que eres mi mejor amigo.

—¿Eso es todo lo que sabes?

—Eso es todo.

—¡Bien poca cosa es, Mary! — suspiró Jeff estrechándole la mano. Bueno, pues ya que lo deseabas aquí me tienes—siguió diciendo cambiando de tono y adoptando aquella expresión frívola y despreocupada con la que ocultaba siempre sus propios sentimientos.

—¿Por qué te marchaste, Jeff? ¿Por qué me dejaste sola cuando más te necesitaba?—preguntó Mary fijando en las suyas sus pupilas intensas.

—¡Oh, eso es muy largo de contar y aquí no puedo hacerlo! ¿Dónde hablaremos tranquilos, sin que nadie nos interrumpa?

—Ven, iremos a mi saloncito predilecto, a aquel saloncito en donde charlamos el día de tu regreso de España, aquel día en que yo también estaba tan alegre y que acabó de manera tan trágica.

Mary le llevó de la mano hasta el saloncito y se sentaron uno junto al otro en el sofá. Jeff callaba. Hubiera querido explicarle a Mary

muchas, muchas cosas, pero temía hacerle daño y no se atrevía.

—Jeff, no estés enojado conmigo—dijo Mary humilde como una niña que ha cometido una mala acción y está arrepentida de ella.

—No estoy enojado, Mary, pero no me era posible seguir a tu lado.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho que era muy largo de contar.

—No importa, empieza.

Jeff meditó un rato, tomó la mano de Mary, sonrió con la sonrisa que escondía su dolor y dijo, como si las palabras que iba a pronunciar no tuvieran para él ninguna trascendencia:

—Después de pasar balance a todo lo que tengo que decir creo que todo puede resumirse en tres cosas solas.

—Dilas.

—Las diré en el orden de importancia... en el orden que para ti tienen importancia.

—Está bien, como tú quieras—replicó Mary escuchando con atención.

—La primera, Mary, es mi sincera felicitación por tu boda con Dill.

—Gracias.

—Creo que Dill puede hacerte

feliz. Es el único hombre al que tú has amado. Debe hacerte feliz y estoy seguro de que ha de intentarlo y de que lo logrará. ¿Qué menos puede hacer para pagarte el amor que tú le tienes?

—También yo creo que lo hará. Nos queremos desde hace mucho, mucho tiempo, desde toda la vida... y estoy segura de que no puede haber error en esta boda. Conozco muy bien a Dill. Es un niño caprichoso y lleno de veleidades, pero en el fondo es bueno.

—Bien, la primera ya está. La segunda cosa que debo decirte es que me perdones.

—¿Perdonar? ¿Por qué te he de perdonar?

—Me he inmiscuído en tu vida privada sin tener derecho alguno para ello. Sé que te he molestado muchas veces con mis consejos y con mis sermones. No me marcharía tranquilo si tú no me perdonaras.

—Jeff... nada tengo que perdonar. Tú has sido siempre muy bueno conmigo, tú has sido más bueno conmigo que el mismo Dill. Te agradezco cuánto por mí has hecho, porque lo has hecho siempre lleno de buena voluntad. Claro que tú

no has tenido para mí las delicadas atenciones que ha tenido Dill. Mira, voy a contarte una cosa. La primera vez que iba a casarme con Dill, ya ves que se portó mal conmigo y que me dió el desplante peor que se puede dar a una mujer dejándome sola al pie del altar. Pues bien, casi se lo perdoné en gracia a la delicadeza que había tenido unos momentos antes llenándome la casa con todas las azulinas que encontró en la ciudad. Dill me había oído decir muchas veces que las azulinas eran mi flor predilecta y que me gustaría casarme cubierta por ellas. Y ya ves cómo se acordó de aquel sueño de niña. Delicadezas así no se pagan con nada, Jeff, con nada...

La voz de Mary estaba empapada en emoción. Jeff la contempló en silencio y no quiso romper aquella divina emoción fundada en un engaño que él no quiso destruir... Hizo un esfuerzo de voluntad, sonrió, acarició el rostro de Mary como se acaricia el de una nena y murmuró:

—Sí, fué una atención muy bella y muy delicada. Confieso que a mí no se me hubiera ocurrido nunca.

—Jeff, ¿y cuál es la tercera de

las cosas que tenías que decirme? —preguntó Mary fijando en él sus grandes ojos brillantes y húmedos.

Jeff se levantó, tomó en su mano el retrato aquel que les representaba a Mary, a Dill y a él cuando eran unos niños y le dijo:

—¿Te acuerdas, Mary? Jugábamos siempre juntos. Tú entonces ya querías a Dill... y yo te quería a ti y te he seguido queriendo a través de los años y de la distancia. Cuando vine de España vine para realizar el ideal de toda mi vida, el sueño dorado de mi imaginación de niño, de adolescente y de hombre. Venía dispuesto a casarme contigo y te encontré precisamente el día en que te ibas a casar con otro...

—¡Jeff!... ¿Y por qué no me dijiste nada entonces?

—¿Qué podía decirte? Tú no me querías. La felicidad soñada no podía ser...

—¿Y luego? ¿Por qué no hablaste luego?

—Porque tú seguías queriendo a Dill, como le quieres aún, y yo no podía interponerme a turbar tu dicha. Tú misma me lo decías a todas horas, no sólo con palabras, sino con obras: "Amo a Dill, amo a

Dill, amo a Dill"... ¿Cómo podía yo decirte que te amaba a ti?

—¡Jeff! ¿Por qué vienes a darme ahora, cuando voy a casarme con él?

—Porque ahora ya no te puede hacer daño saberlo. Tú te quedas al lado del hombre al que amas y yo me marchó lejos, muy lejos. Es posible que nunca volvamos a vernos. No quiero que, al pensar en mí, puedas decir: "¿Qué se habrá hecho de aquel tonto que siempre me daba consejos como un mentor viejo y gruñón?"... Quiero que cuando la felicidad te deje tiempo para acordarte de tu mejor amigo, puedas pensar: "¿Dónde estará aquel hombre que me amó tanto?"

—¡Jeff! —gimió Mary arrojándose en sus brazos, sinceramente conmovida ante aquella confesión.

—¡Adiós, Mary, que seas muy feliz!—dijo él, besándola en el pelo y estrechándola por un instante sobre su corazón.

—¡Jeff, Jeff, no me dejes! —suplicó Mary que en un instante se daba cuenta de muchas cosas bellas que pudieron haber sido y que ella había dejado escapar inconscientemente de entre sus manos.

Pero Jeff ya había corrido como

un loco fuera de la habitación y fuera de la casa, no queriendo detenerse a escuchar una voz que le hubiera turbado demasiado y que acaso, acaso le hubiera hecho cometer la locura mayor de toda su vida.

Mary se quedó llorando cuando Shep entró a preguntar por su amigo.

—¿Dónde está Jeff?

—¡Se ha ido!

—¡Se le va a escapar el barco! ¡Qué hombre más loco!

—¡Loco, loco, loco de amor por mí, Shep!—exclamó Mary con un nuevo brillo en los ojos y una sonrisa triunfal.

—¡Ah! ¿Pero te lo ha dicho?

—Sí, Shep, me quiere, me quiere, me quiere, me quiere.

—Está más loco de lo que me creía.

—¡Oh, Shep, qué alegría tan grande! ¡Me quiere!

—¿Y has tenido que esperar a que te lo dijera para enterarte? El está loco, pero tú eres tonta de remate.

—¡Ay, Shep, qué feliz soy!

—¿Sí? ¡Y no supiste ver que te quería el día en que te mandó todas las azulinas que encontró en

la ciudad para festejar tu boda con otro!

Mary escuchó aquellas palabras con el pasmo más grande, abriendo mucho los ojos como si tuviera de pronto toda una revelación.

—¡Ah! ¿Fué él el que las mandó?

—¿Quién podía haber sido? Sólo lo Jeff tiene ideas tan geniales; sólo lo Jeff podía haber tenido esa delicadeza; sólo lo Jeff podía acordarse de lo que a ti te gustaba... porque sólo lo Jeff te ama hondamente, sinceramente.

—Oye, Shep, ¿a qué hora parte el barco?—preguntó Mary como si acabara de tener una idea luminosa.

—Dentro de media hora.

—¿Cuánto tiempo tardaremos de aquí al muelle en mi automóvil?

—Veinte minutos.

—Vamos, Shep, vamos.

Le cogió de la mano y, sin mirar nada, haciendo tropezar a Shep con todos los almohadones y cachivaches que había en el salón, se lo llevó a rastras, corriendo como una loca, como una endiablada.

* * *

Y así fué como por segunda vez los invitados a la boda de Dill y Mary se encontraron con la decepción de que no había boda. La primera vez fué porque el novio había desaparecido y la segunda a causa de la desaparición total y absoluta de la novia.

Y así fué como Jeff no partió a España solo, sino que se llevó a la mujer amada, a la que había creído perdida para siempre, a la que dejara minutos antes dispuesta a unirse para siempre a otro hombre.

Y así fué como la sentencia de Bella quedó cumplida: "Una boda no prende más que a la tercera vez".

Y mientras la sirena del barco lanzaba al aire su gemido desgarrador, Jeff y Mary se unían en un estrecho abrazo fundiendo en uno solo sus corazones y sintiéndose dichosos para siempre, para siempre, como habían soñado en su niñez y como lo habían deseado en su juventud.

F I N

COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre. Los cosacos. Esclavas de la moda. Pareja de baile. El gran desfile. El conde de Montecristo. Al Capone (Pánico en Chicago). Miguel Strogoff, o el Correo de Zar. La mujer ligera. Inspiración. Mi último amor. La princesa que supo amar. El pagano de Tahiti. Virgenes modernas. Muchachas de uniforme. El coche número 13. Estrellas dichosas. Marido y mujer. Sin familia. La senda del 98. Mata-Hari. Mare Nostrum. Esto es el cielo. Congorita (fuera de serie). Nantás, el hombre que se vendió. Espejismos. El millón. Carceleras. Cobra. Evangeline. Erase una vez un vals. El fin de Moscú. Orquídeas salvajes. Gente alegre. Hombres en mi vida. Vida bohemia. El caballero. Mar de fondo. Niebla. Zazá. Egoísmo. La llama sagrada. Rebeca. ¡Adiós, juventud! La máscara del diablo. Indeseable. El juicio errante. El pen nuestro de cada día. Tarzán de los monos. La mujer desnuda. Vieja hidalga. Vidas truncadas. El terror del hampa. La tía Ramona. Obsesión. La hiena del mar. La vuelta al mundo por Casanova. Entación. Tabú. Douglas Fairbanks. Don Juan, el burlador de Sevilla. Ella se va a la guerra. Los hijos de nadie. Chica bien. Noche nupcial. El pescador de perlas. Recién casados. El secreto del mar. El séptimo cielo. Santa Isabel de Ceres. Champ (El campeón). Mis labios engañan. Beau Geste. La raposita del recuerdo. La zarpa del jaguar. No dejes la puerta abierta. Los amores de José Mejica (fuera de serie). Dos noches. La melodía prohibida. El primer derecho de un hijo. Canción de Oriente. La amargura del general. Y en. Boliche. La vida privada de Enri-Sol en la nieve, que VIII. Fra Diavolo. El padrino ideal. El juicio errante. El hijo de la parroquia. Letty Lynton. Barrio Chino. Yo, tú y ella. Un ladrón en la alcoba. Un hombre de corazón. Sierra de Ronda.

El cantar de los cantares. Eskimo. La llama eterna. El altar de la moda. El rev de los fósforos. La Cruz y la Espada. El canto del ruiseñor. Adios a las armas. La mundana. Tú eres miol. Catalina de Rusia. Tempestad al amanecer. Los tres mosqueteros. anta. Belleza a la venta. ¡alá. La hermana blanca. La Reina Cristina de Suecia. Por un solo deslíz. Se ha fugado un preso. El error de los padres. La ciudad de cartón. Honduras de infierno. Doña Francisquita. El café de la marina. El agua en el suelo. El boxeador y la dama. Esclavos de la tierra. Mujeres y Don Juan. Alma de bailarina. Yo he sido espía. No seas celosa. Destile de candilejas. Aves sin rumbo. Simona es así. Pescada en la calle. Una noche en El Calro. Rosa de medianoche. El rey de la plata. Sobre el cieno. Las sorpresas del coche cama. Sol en la nieve. Madres de bastidores. La portera de la fábrica. Granaderos del amor. Fanny. Siempre en mi corazón. Tarzán y su compañera. El gato y el violín. Sor Angélica. Judex. Casanova. El primer amor.

La generalita. Por mal camino. La legión blanca. Cruz Diabla. Lo que los dioses destruyeron. ¿Quién mató a Eva? Fiesta en palacio. Oro y plata. El fantasma del convento. El amor que necesitan las mujeres. Angel del arroyo. Capturados. La Maternal. Los de 14 años. Fedora. Doy mi amor. Los clavos de la Virgen. Crisis mundial. El explotador de mujeres. Encadenada. Imprio Argentina. El pan nuestro de cada día. Toda corazón. Borreras infranqueables. La bien pagada. El último contrabandista. El niño de las monjas. Por unos ojos negros. Don Quintín, el margao. El consueño del rey. El brindis de la muerte. Abdu Hamid. La madreita. Asegure a su mujer. El juramento de Lagordere. El conde de Moncristo. Julieta compra un hijo. Carlos Gar el Nobleza Baturra. El velo pintado. Nuestra hija. Amor de madre. Vivamos de nuevo.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

PROXIMO NUMERO:

LA MAGNÍFICA PRODUCCIÓN NACIONAL, CON BELLAS CANCIONES

ROSARIO LA CORTIJERA

por Estrellita Castro, Niño de Utrera, Elva Roy, Rafael Durán, etc.

SEGUIDAMENTE:

El formidable éxito de la
cinematografía nacional:

Madre Alegría

¡Novela que nadie dejará de leer!

¡Haga sus encargos
desde ahora mismo!

Precio: UNA PESETA

EDICIONES BISTAGNE
publica siempre lo mejor

E. B.